



OPINION POLITICA

Por la comunicación, el intercambio y el debate entre los revolucionarios

COOPERACION VOLUNTARIA

Número 3

GUATEMALA, Marzo-Abril 1985

RAZONES DE UNA RUPTURA POLITICA

Quienes editamos "Opinión Política" constituimos hoy una corriente organizada cuyo origen es el contingente de militantes, cuadros y combatientes que, encabezados por el Comandante Benedicto, rompimos con la Dirección Nacional del Ejército Guerrillero de los Pobres a finales de enero de 1984. Al producirse nuestra ruptura, el EGP y en general el movimiento revolucionario atravesaban un momento muy difícil en cuanto a la situación concreta de la lucha. Hacer público el hecho en aquellos momentos sólo habría contribuido a complicar más la situación y habría llevado a que el enemigo aprovechara los acontecimientos desde el punto de vista propagandístico.

Sin embargo, desde el principio fundamentamos nuestra ruptura por medio de una carta de distribución restringida dirigida a las organizaciones y partidos que debían ser informados al respecto. Luego, por las mismas consideraciones, iniciamos la publicación de "Opinión Política" sin hacer explícita la identidad política de los editores, valorando además que lo esencial era la divulgación entre los revolucionarios de planteamientos y concepciones que forman parte objetivamente de la reflexión necesaria que la práctica misma ha puesto en la orden del día, y que hoy se abren paso entre un número creciente de revolucionarios guatemaltecos y entre sectores del movimiento de masas.

No obstante, los motivos que fundamentaron esa actitud nuestra dejaron de tener validez desde el momento en que la dirección del EGP tomó la iniciativa de hacer público el hecho en el comunicado emitido con ocasión del XIII aniversario de esa organización. Quienes dirigen el EGP consideran además haber remontado la situación crítica antes aludida. No hay razón, por lo tanto, para seguir guardando silencio al respecto por nuestra parte.

En este número de "Opinión Política" nos identificamos ante nuestros lectores y publicamos extractos de nuestra carta de ruptura, procurando una síntesis de la misma. Por lo demás, continuamos con la publicación de los trabajos que forman parte de nuestro plan editorial y en los cuales se van precisando y desarrollando los planteamientos que fundamentan cada vez más nuestras posiciones. Ellos explican crecientemente la necesidad que tuvimos de conquistar, mediante la ruptura con la DN del EGP, la libertad de acción y de pensamiento indispensables para emprender un proyecto organizativo propio que, con clara vocación unitaria, requiere sin embargo de desarrollar su especificidad. Esta se revela progresivamente como parte de la dialéctica real que apunta hacia la necesaria redefinición de la estrategia revolucionaria en Guatemala, y con ella y sobre su base, hacia una nueva convergencia unitaria.

(SIGUE...)

Consideramos que los fragmentos de nuestra carta de ruptura, además de esclarecer la naturaleza de nuestras discrepancias con la DN del EGP, contribuyen a explicar el por qué de "Opinión Política" y de los temas que en él han sido y serán tratados. Como es natural, la carta de ruptura refleja el desarrollo de nuestros planteamientos hasta entonces y su relación con la situación que se atravesaba en ese momento. Desde esa fecha (hace más de un año) los hemos desarrollado y nos hemos organizado. La situación ha seguido evolucionando y su curso ha confirmado no solamente lo esencial de nuestras reflexiones, sino que ha mostrado mejor nuevos ángulos y fenómenos.

También es válido el planteamiento de que las limitaciones de la experiencia sólo se pueden reconocer y superar plenamente en la medida en que la comprensión y el desarrollo de las particularidades conduce necesariamente la gran diversidad - existencia de las luchas y en la medida en que el debate permite desarrollar y poner en comunicación e interpenetración. La experiencia sólo se puede superar a partir de la perspectiva de la práctica revolucionaria concreta de teoría y práctica y por ella. "Opinión Política" es un sólo un instrumento de diálogo entre organizaciones, parte de nuestras reflexiones por donde se ha desarrollado vía de nuestro país y del área.

Consideramos que los fragmentos de nuestra carta de ruptura, además de esclarecer la naturaleza de nuestras discrepancias con la DN del EGP, contribuyen a explicar el por qué de "Opinión Política" y de los temas que en él han sido y serán tratados. Como es natural, la carta de ruptura refleja el desarrollo de nuestros planteamientos hasta entonces y su relación con la situación que se atravesaba en ese momento. Desde esa fecha (hace más de un año) los hemos desarrollado y nos hemos organizado. La situación ha seguido evolucionando y su curso ha confirmado no solamente lo esencial de nuestras reflexiones, sino que ha mostrado mejor nuevos ángulos y fenómenos.

CARTA DE RUPTURA CON LA DIRECCION NACIONAL DEL EGP (fragmentos)

INTRODUCCION

El presente material tiene por objeto explicar las razones de fondo por las cuales, un contingente significativo de cuadros, militantes y combatientes del EGP, representativo de diferentes niveles orgánicos, campos de trabajo y trayectoria militante, hemos decidido desconocer a la DN del EGP y romper con ella.

Explica, en sus rasgos más generales, el proceso por medio del cual se fue generando en el EGP una corriente que, en su desarrollo, ha llegado a tener una visión global incompatible con la que sustentan el Comandante en Jefe, y a partir de él, la mayoría de la Comisión Ejecutiva y de la Dirección Nacional, y por qué esa corriente ya no puede seguir supeditada a esquemas orgánicos y métodos de dirección que impiden la discusión, y que responden con medidas de hecho, violando la legalidad revolucionaria interna, ante cuestionamientos ideológicos y políticos.

La Dirección Nacional del EGP ha impedido e impide el examen profundo de la experiencia, al impedir la participación colectiva que aquél exige, emprendiendo un rumbo en el que no están debidamente contempladas las grandes lecciones de estos difíciles años de guerra. Impone una estructura verticalista, en la cual no resulta posible la verdadera centralización que exige el proceso, puesto que la dirección se absorbe en el control del aparato estructural, subestimando las necesidades apremiantes y cualitativas de orientación política y de línea táctica y estratégica, que exigen los cambios operados en la situación nacional y del área y en el contexto internacional en que ésta se desarrolla. De manera que a pesar del apego a las estructuras orgánicas, se generan en los hechos dinámicas distintas, inevitables cuando no existe coherencia político-ideológica, táctica y estratégica, entre quienes emiten las orientaciones y aquellos que deben aplicarlas.

Porque al no reconocer la naturaleza política de las diferencias, los conflictos son vistos como conspiraciones, o como puras expresiones de estados de ánimo, y en consecuencia se considera que lo que corresponde es un control puntual, que de todas formas es impracticable, y una disciplina mecánica que no puede sustituir a la disciplina consciente de los revolucionarios.

Las diferencias de criterio entre compañeros de una misma Organización, se hacen incompatibles cuando la dirección ya no puede llegar a nuevas síntesis; cuando se niega a considerar que los problemas internos son expresión de conflictos objetivos de la revolución; cuando se niega a reconocer que dichos conflictos, correctamente enfrentados, pueden convertirse en motores de desarrollo interno; cuando no ve que ha sido la práctica misma la que ha puesto de relieve lagunas e

insuficiencias, y cuando en vez de abordar todo esto como corresponde, coloca a los militantes ante una situación de hecho, y apela a la moral, a la obediencia y a la voluntad, como si éstos fueran los factores de los que depende la solución de la crisis. De una crisis que subestima, a pesar de las evidencias de su persistencia y agravamiento; crisis determinada no sólo por factores ideológicos, políticos y militares internos, sino por insuficiencias del proyecto global que se expresan parcialmente en ellos, y que se agudizan en un periodo de recomposición relativa del enemigo interno y externo.

Las diferencias que nos separan de la DN del EGP, afectan los temas esenciales de la estrategia y la táctica. Consideramos que en el EGP sólo existen potencialmente los factores ideológicos, políticos y militares que exige el desarrollo de la guerra en las nuevas condiciones, y que la DN, lejos de encaminarse hacia la solución de estas lagunas de fondo, involucra a la Organización en una dinámica de corto plazo que impide construir los factores estratégicos necesarios. Lejos de reconocer la ausencia de esos factores, la DN asume implícitamente que éstos ya existen en la medida necesaria, y que pueden desarrollarse dentro de esa dinámica. Además, tiene de esos factores una concepción que subestima su complejidad, y por consiguiente simplifica los esfuerzos que requiere su implementación, en intensidad y en tiempo.

Para que esta subestimación no aparezca como tal, y el proyecto tenga entonces coherencia formal, se subestima al enemigo interno y externo, exagerando el papel debilitante de sus contradicciones, y minimizando los alcances de sus evidentes recomposiciones; de recomposiciones relativamente menores en el caso del enemigo interno, y mayores y más decisivas en el caso del imperialismo. No se hace un análisis objetivo de la situación actual de la guerra de guerrillas, de la participación de las masas, del desarrollo de la unidad revolucionaria y de la situación internacional. No toma debidamente en cuenta el desarrollo desigual de los procesos revolucionarios del área y las perspectivas de la revolución en cada país, sobre la base de las particulares condiciones económicas, sociales y políticas respectivas, y por consiguiente simplifica el curso del proceso, confundiendo la perspectiva histórica con la situación actual, construyendo así una visión optimista subjetiva cuyo fin es precisamente darle consistencia a la visión de corto plazo, que sin embargo no es asumida explícitamente.

Al subestimar los factores adversos y sobrestimar las capacidades actuales de la Organización, la DN del EGP actúa en la práctica con criterios de corto plazo. Esto se expresa en un proyecto estratégico sin la suficiente base que asegure su continuidad y su solidez. También en el hecho de someter a la Organización a una presión excesiva, a la que no puede responder con la calidad

necesaria, y al mismo tiempo, al hacerlo, impedir la implementación de los procesos que deben conducir a alcanzar esa calidad. Es un círculo vicioso cuyo corolario es el verticalismo rígido, con el cual se perpetúa una situación que ya no tiene solución desde dentro. No es sólo problema de dirección, sino que, a partir de allí, problema de la Organización en su conjunto.

Las insuficiencias políticas y militares, la estructura orgánica y los métodos y la calidad de la dirección, exigirían transformaciones cualitativas para poder responder al desarrollo de una guerra de gran complejidad, guerra en la que es necesario realizar un profundo trabajo político y de organización entre las masas urbanas y rurales, en función de desarrollar la fuerza de conjunto del movimiento de masas, y en particular, y de manera más inmediata, para que las masas rurales adquieran la consistencia necesaria para constituirse en bases de apoyo estratégicas, capaces de resistir, sortear y superar durante un periodo largo, las inevitables embestidas del enemigo.

Guerra cuyas complejidades político-militares exigen desde ya aplicar una línea de unidad de todo el pueblo, de neutralización de los vacilantes y de aislamiento de los enemigos acérrimos, la cual, en un contexto de aguda polarización social y de confrontación violenta, en el que el enemigo intenta transformar la guerra revolucionaria en guerra civil, y enfrentar a un sector del pueblo contra otro, exige de las masas organizadas, y no sólo de la vanguardia y de los combatientes, un apreciable nivel de comprensión y práctica política. En esta guerra, en fin, es necesaria una estructura orgánica capaz de reproducir las orientaciones desde la dirección hasta la base, sin desmedro de la calidad política y militar de éstas; que pueda, en sentido inverso, trasladar las inquietudes y problemas de las masas y de los militantes hasta la dirección, para que ésta pueda conocer la realidad y las necesidades de aquéllas y de éstos. Necesidad, finalmente, de una estructura orgánica, de métodos de dirección y de estilo de trabajo, que permitan el aprovechamiento pleno de las capacidades políticas, militares y técnicas que ya existen, y el desarrollo del gran potencial que hay en ese sentido entre las masas, los combatientes, los militantes y los cuadros.

Pero esas transformaciones cualitativas están bloqueadas al interior del EGP. Por consiguiente, nosotros, con los recursos políticos y humanos que las actuales circunstancias nos permiten, sólo podemos comenzar a incidir en estas problemáticas vitales, impulsando nuestro propio proyecto organizativo, el cual concebimos con plena disposición unitaria y en términos de irrestricta solidaridad con las vanguardias centroamericanas, sobre la base del internacionalismo revolucionario. Concebimos nuestro esfuerzo en el marco de la guerra popular revolucionaria que se libra en nuestro país, la cual es el conjunto de luchas políticas y militares que desarrolla nuestro pueblo para alcanzar su emancipación nacional y social. Y lo concebimos también en el marco de la revolución en el área de Centroamérica y el Caribe, en el cual juegan un papel de primer orden la presencia irreductible de la Revolución Cubana, la consolidación y el fortalecimiento de la Revolución Sandinista, y de su vanguardia, el FSLN, y el avance victorioso de las fuerzas revolucionarias salvadoreñas, vanguardizadas por el FMLN, en el marco de enfrentamiento con la intervención del imperialismo

GENESIS DEL CONFLICTO

En Noviembre de 1982, la Dirección Nacional del Ejército Guerrillero de los Pobres emitió un comunicado extraordinario, dirigido a los militantes de la Organización, el cual se entregó también a compañeros de organizaciones hermanas. Ese comunicado consistía en una autocrítica de la DN, que se basaba en el reconocimiento por ese organismo, de haber sido rebasado por la complejidad de los acontecimientos; rebasamiento que no era sólo un problema de recursos, sino ante todo un problema político: en el curso de ese proceso la DN reconocía haber perdido su unidad, al generarse en su seno dinámicas contradictorias que reflejaban de hecho posiciones y criterios distintos, aunque éstos no se hicieron explícitos todavía en formulaciones globales, en el planteamiento claro de alternativas divergentes.

El rebasamiento consistió en esencia en la incapacidad de la Organización de conservar la iniciativa estratégica, ante hechos como el desmantelamiento por el enemigo de tres frentes guerrilleros, de sus campañas de exterminio contra la base de apoyo, de la proliferación de patrullas civiles, de sus maniobras políticas y propagandísticas, de su concentración de fuerzas militares en las llamadas fuerzas de tarea. La situación en su conjunto se comenzó a caracterizar por la incoherencia de la Organización en el pensamiento y en la práctica, a manera de no poder dar una respuesta única, y por la tendencia, lógica en esas circunstancias, a que se desarrollaran dinámicas en el seno de las masas organizadas, que no sólo escapaban al control, sino que tendían a determinar en función de ellas la acción de la Organización. Decenas de miles de refugiados en el exterior y cientos de miles de desplazados internos representaban un desafío estratégico para las fuerzas revolucionarias.

Esta problemática de raíces profundas, se había agudizado en el marco de una concepción triunfalista, la cual subestimaba la complejidad de la revolución guatemalteca y la necesidad de construir los factores estratégicos indispensables para el triunfo, actuando por consiguiente en función de la posibilidad de una victoria a corto plazo. Que subestimaba la necesidad de la formación de cuadros político-militares con calidad proporcional a la magnitud de las tareas presentes y futuras y a la envergadura de los procesos que ya para entonces la Organización había desencadenado: concepción triunfalista que entendía el factor militar como un problema fundamentalmente de logística; que subestimaba los cambios que se habían producido en la coyuntura, y sobre todo el fortalecimiento del imperialismo a escala mundial, y su clara determinación de impedir a toda costa el desarrollo de la revolución centroamericana, y que subestimaba también la fuerza del enemigo interno, su capacidad militar y su capacidad de reacción política.

Los contenidos del comunicado fueron ampliados posteriormente a núcleos determinados de cuadros por miembros de la DN. En esas explicaciones quedó claro que la problemática a resolver no se reducía simplemente a correcciones en el accionar, sino que exigía una transformación cualitativa del instrumento revolucionario mismo, de la Organización, y que para ello era indispensable buscar una coherencia política real.

Las diferencias de criterio entre compañeros de una misma Organización, se hacen incompatibles cuando la dirección ya no puede llegar a nuevas síntesis; cuando se niega a considerar que los problemas internos son expresión de conflictos objetivos de la revolución; cuando se niega que dichos conflictos, correctamente enfrentados, pueden convertirse en motores de desarrollo interno; cuando no ve que ha sido la práctica misma la que ha puesto de relieve lagunas e insuficiencias, y cuando en vez de abordar todo esto como corresponde, coloca a los militantes ante una situación de hecho, y apela a la moral, a la obediencia y a la voluntad, como si éstos fueran los factores de los que depende la solución de la crisis. De una crisis que subestima, a pesar de las evidencias de su persistencia y agravamiento; crisis determinada no sólo por factores ideológicos, políticos y militares internos, sino por insuficiencias del proyecto global que se expresan parcialmente en ellos, y que se agudizan en un período de recomposición relativa del enemigo interno y externo.

El proceso tratado en el comunicado de la DN se desarrolla fundamentalmente en torno a la primer gran ofensiva global que el enemigo lanza sobre las organizaciones revolucionarias, a partir aproximadamente de mediados de 1981, y que se dirige entonces muy profundamente en contra del EGP, en ese periodo se expresan de manera crítica las deficiencias acumuladas a lo largo de muchos años y los problemas no resueltos, los cuales constituyen lagunas imposibles de colmar con la celeridad que exigen los acontecimientos. La ofensiva enemiga golpea seriamente al movimiento revolucionario y en especial al EGP, y coloca al movimiento revolucionario armado, en la situación más difícil de toda su historia.

La ofensiva enemiga es la primer gran prueba de fuego que sufre nuestra Organización, y la confronta en todos los terrenos: hace resaltar su reledumbre, la fuerza del apoyo popular en el que se sustenta, el valor y la iniciativa de los combatientes y de las masas, la voluntad sin límites de todos los que han abrazado profundamente la causa de la revolución, pero también muestra sus grandes deficiencias, deficiencias que no pueden ser corregidas sólo por la voluntad y la disposición, sino por procesos ideológicos, políticos y militares de fondo que no se pueden improvisar, y que requieren necesariamente una firme voluntad de emprenderlos, sabiendo que eso no se puede lograr a corto plazo, y que exige un grado de iniciativa de la Organización sobre el movimiento, que le permita a ésta disponer de los espacios y de la libertad de acción que necesita para transformarse a sí misma. Espacios y libertad que no son por supuesto absolutos, sino que

se deben combinar con un desarrollo de la guerra, concebido en un marco prolongado, coherente con esta necesidad fundamental aceptada de construir los factores estratégicos indispensables, y en particular el número uno de ellos, la Organización.

La visión de corto plazo no arrancó con el triunfalismo del núcleo de la DN responsable del FGACS, del FGORC y del FGLTL, sino que ese triunfalismo fue el más fatal desenlace del intento de llevar a la práctica la orientación general vigente. Fue el empeño de mayor dimensión por concretar el propósito no alterado ni centralmente cuestionado de "derrocar a Lucas e instaurar un gobierno revolucionario, popular y democrático". Fue un pleno de la Dirección Nacional de Septiembre de 1980, en el que estuvo presente el Comandante en Jefe Talli fue nombrado como tal, el que planteó la posibilidad de tomar el poder a corto plazo. Pero en un caso dramático de subestimación de la función de dirección, hizo el planteamiento pero nunca lo fundamentó. No existe ni un solo documento oficial, y mucho menos central, en el que se explique de qué manera se podía derrocar a Lucas y en qué consistía el gobierno propuesto. A una Organización acostumbrada a pensar en términos de guerra prolongada, aunque eufónica por el reciente triunfo sandinista, se le traslada no una ordenación estratégica, sino simplemente un estado de ánimo: se puede tomar el poder a corto plazo.

El triunfalismo... fue y sigue siendo el reflejo en la dirección, de una dinámica que rebasa por su complejidad a la dirección misma y a la Organización en su conjunto; de una dinámica que la Organización, por su



Insuficiente calidad político-militar, no puede dirigir con todo el grado de iniciativa necesario, sino que más bien se ve arrastrada por ella; de una dinámica en la que no se hace consciente en la dirección, que las carencias del instrumento revolucionario no pueden ser sustituidas a corto plazo, ni por la voluntad, ni por la simple imposición de decisiones, sino que más bien considera que esas carencias no son precondiciones del triunfo, sino lagunas que se pueden llenar después de él.

El triunfalismo es la imperiosa necesidad de buscar soluciones coyunturales, por estar mecánicamente vinculados a una dinámica determinada esencialmente por la acción contradictoria de la iniciativa enemiga y de las necesidades de las masas, dinámica que somete a la Organización a presiones excesivas, a presiones a las que objetivamente no puede responder en el corto plazo. Pero el triunfalismo consiste precisamente en la subestimación cualitativa de los factores políticos, militares, nacionales e internacionales que es necesario construir, en las condiciones concretas de la revolución guatemalteca, y en consecuencia no puede ver la perspectiva sino como fruto de posibles coyunturas excepcionales, cada vez elaboradas con mayor subjetividad, en las que la fuerza de los hechos puede sustituir la carencia de esos factores: un posible fraccionamiento del ejército, un impasse en la intervención imperialista en Guatemala, un enemigo interno y externo agobiado por sus contradicciones, que enfrenta la lucha inconteniblemente ascendente y lineal de los pueblos centroamericanos, etc.

Precisamente porque el triunfalismo tiene raíces objetivas, y no es simplemente un error casual de visión que puede corregirse cambiando a unos dirigentes por otros; precisamente porque esas raíces objetivas sólo subordinan las decisiones en la medida en que no encuentran en la organización revolucionaria el grado

general y extendido de acción consciente que es necesario para actuar *sobre ellas*, en vez de simplemente actuar *en medio de ellas*; por todo eso, y por muchas otras consideraciones que se podrían hacer... el triunfalismo no es un problema resoluble solamente porque la dirección se depure y cierre filas en torno al Comandante en Jefe, ni puede ser abordado fuera del marco global, independientemente del proyecto concreto que se impulsa.

El triunfalismo del periodo 80-82 nunca se expresó conceptualmente en forma acabada, sino que se manifestó ante todo en los hechos, aunque con algunas expresiones en análisis que se hicieron con el propósito (puesto que se creía en él) de fundamentarlo. Actualmente se perfila de manera cada vez más clara que, el punto de partida de todo el nuevo aparatismo, de la negativa a la discusión, de la subestimación de la formación política, de la subestimación de la necesidad de elaborar línea, se deriva nuevamente de una dinámica de corto plazo en la cual se encuentra prisionera la dirección; prisionera no por obra de la fatalidad, sino por el empeño voluntarista de reconstruir la Organización sobre las mismas bases, y encaminarla hacia prácticas que ya demostraron a un costo altísimo sus limitaciones. También en este caso no se trata solamente de la evidencia de los hechos, sino que tiene ya expresiones conceptuales, expresiones que, otra vez, no se encuentran contenidas en documentos internos, ni son debidamente elaboradas, sino que aparecen en materiales de difusión pública, bajo la forma de análisis generales insuficientes para dar respuesta a los problemas que abordan, pero suficientes para alertar sobre su contenido y sobre la concepción a la cual responden.

En la declaración conmemorativa del XII aniversario del EGP, el conjunto del análisis está marcado inequívocamente por el empeño de demostrar que existen condiciones favorables, en lo interno y en lo externo.

Concebimos nuestro esfuerzo en el marco de la guerra popular revolucionaria que se libra en nuestro país, la cual es el conjunto de luchas políticas y militares que desarrolla nuestro pueblo para alcanzar su emancipación nacional y social. Y lo concebimos también en el marco de la revolución en el área de Centroamérica y el Caribe, en el cual juegan un papel de primer orden la presencia irreductible de la Revolución Cubana, la consolidación y el fortalecimiento de la Revolución Sandinista, y de su vanguardia, el FSLN, y el avance victorioso de las fuerzas revolucionarias salvadoreñas, vanguardizadas por el FMLN, en el marco de enfrentamiento con la Intervención del Imperialismo.

Para que una dinámica a corto plazo se pueda desarrollar, basada en la voluntad, en la decisión, en el coraje y en la indudable superación de determinados aspectos tácticos y de estructuración de fuerzas. El análisis de los factores globales se subordina a la necesidad de demostrar que esa dinámica es posible, y sólo así se explica que se incurra en verdaderas deformaciones de la realidad, y no simplemente en errores de apreciación. El enemigo interno es presentado como un "petro rabioso" incapaz de actuar con coherencia; el imperialismo quebrantado por grandes oposiciones en su seno; se dice que el pueblo hondureño, a causa de la intervención, se convertirá pronto en un "pueblo insurrecto"; que en Costa Rica la "democracia pequeñoburguesa" será incapaz de contener el desarrollo de una situación revolucionaria a corto plazo; que El Salvador arde por los cuatro costados. Como lógica consecuencia de tales análisis, a los que se suman los análisis invariablemente positivos de los factores internos más importantes del movimiento revolucionario, el documento plantea como la tarea del momento, como la consigna del año, "recuperar la iniciativa estratégica sobre el enemigo", sin siquiera hacer alusión a que eso supone, entre otras cosas, recuperar primero la iniciativa sobre el propio movimiento desencadenado por la Organización.

En todo caso, ni una sola palabra con respecto a la recomposición del enemigo interno y externo, a su capacidad de reacción, al desarrollo profundamente desigual de la revolución centroamericana, a la insuficiencia de los actuales esquema unitarios, a la crisis creciente de la política de alianzas, a la negociación que en condiciones muy difíciles de correlación de fuerzas, se impone en Centro América, en el marco de realismo que le permiten los procesos contradictorios de consolidación del poder y de las luchas por alcanzarlo; ni siquiera referencia a esas dificultades. Es decir, ni una sola palabra sobre los problemas que acaparan hoy la atención de los revolucionarios que ven con objetividad el curso de los acontecimientos, y más en concreto, sobre los problemas que núcleos importantes de militantes del EGP se plantean, y sobre los cuales saben que debe existir respuesta, no simplemente para que ellos se aclaren, sino porque esas respuestas no se han construido y son sin embargo, indispensables para trazar el rumbo.

De tal manera que, en síntesis, el panorama general al interior del EGP es el de una instancia superior supercentralizada, que no puede objetivamente cumplir la función de dirección global, que requiere urgentemente el proceso, que no se ha empujado en ello, pero que tampoco cuenta con los recursos políticos para hacerlo; que a la pobreza política general, agrega el peso de un aparato que impide activar las energías presentes en la Organización; que cierra toda posibilidad de una lucha ideológica ordenada, que pudiera hacer de las contradicciones internas una fuente de desarrollo; que ve conspiraciones en lugar de procesos políticos; que olvidó que tenía que recuperar su autoridad por medio de un proceso que condujera a la coherencia política real del EGP; que no ha mostrado ni siquiera tacto para abordar la problemática, porque subestima sus fundamentos políticos y considera que los cuestionamientos son simples expresiones de estado de ánimo o, peor aún, reflejo de crisis personales. Una dirección que a pesar de haber reconocido hace apenas dos años, que había sido rebasada por la complejidad de los acontecimientos, se lanza nuevamente en un proyecto que compromete la situación de la Organización en su conjunto, sin haber ni siquiera

examinado, con el detenimiento y la profundidad necesarios, las experiencias inapreciables, pagadas con tantas vidas, de estos años de guerra abierta con el enemigo.

No es simplemente que la dirección produzca línea para aclarar a los militantes, sino ante todo para aclararse a sí misma. La experiencia no da todas sus lecciones ni adquiere todo su significado, sino cuando se la somete a un examen de conjunto, mientras tanto, la experiencia no pasa de ser un encadenamiento más o menos complejo de hechos y circunstancias, parcialmente conocidas, que es totalmente insuficiente para fundamentar la estrategia de la revolución. Los últimos documentos globales de línea del EGP, la línea militar y la línea de masas, son de finales de 1978. De entonces para acá la guerra se ha desarrollado en dimensiones no conocidas: triunfo la revolución sandinista, el enemigo se ha empleado a fondo y nos ha provocado severos daños, la intervención del imperialismo es un hecho, el enemigo interno y externo se empeña en planes de naturaleza estratégica contra nosotros, y en el caso del imperialismo, a pesar de que obviamente está minado por contradicciones, lo que pesa más ahora no son esas contradicciones, sino los pasos que ha dado en el fortalecimiento de su hegemonía y en la unidad de propósitos del conjunto de la burguesía imperialista.

Pero ese panorama general del EGP sería incompleto, sin explicar el desarrollo de un proceso diferente, que se fue abriendo paso entre los militantes, proceso que en su desarrollo constituye la base de ese planteamiento, y de la actitud adoptada por quienes lo suscribimos.

El triunfalismo... fue y sigue siendo el reflejo en la dirección, de una dinámica que rebasa por su complejidad a la dirección misma y a la Organización en su conjunto; de una dinámica que la Organización, por su insuficiente calidad político-militar, no puede dirigir con todo el grado de iniciativa necesario, sino que más bien se ve arrastrada por ella; de una dinámica en la que no se hace consciente en la dirección, que las carencias del instrumento revolucionario no pueden ser sustituidas a corto plazo, ni por la voluntad, ni por la simple imposición de decisiones, sino que más bien considera que esas carencias no son precondiciones del triunfo, sino lagunas que se pueden llenar después de él.

Es un proceso de cuestionamiento, que se canaliza de maneras diferentes; arranca de la convicción sobre la necesidad de que se haga un balance a fondo, que se examine la experiencia en un clima de total franqueza sin ganadores ni perdedores, sin maniobras de poder basadas en aparatos y recursos; balance en el cual tienen que tener necesariamente participación los cuadros medios y de base de la Organización; que hubiera exigido un proceso ordenado, centralizado, que fuera gradualmente ampliando la democracia interna, sobre la base de la elevación de la calidad política de los militantes y de la selectividad con base en criterios políticos. No se trataba de una exigencia abstracta ni principista de democracia interna, sino del reconocimiento de su necesidad, y también de las dificultades de su aplicación; de la necesidad de un proceso para profundizarla y ampliarla, y por supuesto, de la convicción absoluta de que ese proceso debe ser emprendido, a pesar de las dificultades, las cuales sólo se pueden valorar, si antes se valora la necesidad de llevarlo a cabo; proceso que exige de la DN una voluntad firme e inequívoca en esa dirección. Un proceso que en su desarrollo fuera sentando las bases para hacer del EGP una vanguardia revolucionaria capaz de cumplir con las complejas funciones de dirección que son exigidas por una lucha de clases que se desarrolla como guerra popular; que debe resolver el problema militar en términos de ejército, y desarrollar la política de alianzas más amplia en lo interno y en lo externo; que debe saber combinar lo político y lo militar y las masas y las fuerzas armadas, y todo ello en un contexto de internacionalización creciente del conflicto y fortalecimiento relativo del enemigo.

Pero ese proceso indispensable, que debe estar en la base misma de la estrategia revolucionaria, lejos de haber sido emprendido o continuado, ha sido sistemáticamente impedido por la dirección. El cuestionamiento nuestro no es a los errores pasados de la dirección, en los cuales cada uno de nosotros reconoce el nivel de responsabilidad que le corresponde, de acuerdo a sus funciones y posibilidades; sino el cuestionamiento es a la negativa a examinar esos errores, e impedir así que se conviertan, mediante el procedimiento adecuado, en los trampolines que necesitamos; conversión que es la única que le da sentido revolucionario a las inevitables equivocaciones. Oposición a reiniciar la ruta por los mismos caminos básicos, sin examinar, ni mucho menos asimilar, las grandes lecciones; a subordinar las necesidades políticas a visiones conspirativas; a convertir la fórmula de "cerrar filas en torno al Comandante en Jefe y a la Comisión Ejecutiva", que debía ser solamente el punto de partida de un proceso que condujera a un funcionamiento orgánico basado en los principios, en una fórmula que se constituye en un fin en sí mismo.

La situación hasta aquí descrita tiene sus raíces en el proceso de desarrollo y consolidación del EGP, tanto en lo ideológico-político, como en lo orgánico, como en la acción militar. Estas deficiencias pasaron parcialmente inadvertidas, o no fueron globalmente asimiladas, mientras el curso del proceso se desarrolló con un claro sentido ascendente. Sin embargo, la crisis de los últimos años, necesariamente arroja una nueva luz sobre ellas, y lleva a preguntarse acerca de los límites históricos del tipo de organización que constituimos.

El cuestionamiento nuestro no es a los errores pasados de la dirección, en los cuales cada uno de nosotros reconoce el nivel de responsabilidad que le corresponde, de acuerdo a sus funciones y posibilidades; sino el cuestionamiento es a la negativa a examinar esos errores, e impedir así que se conviertan, mediante el procedimiento adecuado, en los trampolines que necesitamos; conversión que es la única que le da sentido revolucionario a las inevitables equivocaciones.

De manera que muchos militantes, y en especial cuadros medios, son colocados ante la disyuntiva de abandonar sus posiciones de principio, en las cuales saben que está involucrado el destino de la revolución guatemalteca en el actual periodo histórico, y someterse sin más a los dictados de un aparato y de una dirección que, lejos de haber recuperado su autoridad política, la ha perdido hasta niveles que todavía no acierta a comprender. O de decidir que la problemática de fondo es de tal naturaleza, que su resolución no puede subordinarse a mecanismos que, como ya dejamos dicho, no tienen otro fin que soslayarla, suprimiendo los cauces necesarios para su solución. Nosotros, los que suscribimos este documento, hemos tomado con plena conciencia la decisión de llevar adelante esta lucha, sin subordinarla a las reglas de juego que quiere imponer para impedirla, una dirección que ya no es representativa de la corriente política que históricamente ha sido el EGP.

NUESTRA SITUACION ACTUAL Y SUS PERSPECTIVAS INMEDIATAS

En el interior del EGP, a la par que se imponía en los hechos el estilo de dirección indicado, fue surgiendo una corriente de opinión política, fruto de la maduración de núcleos significativos de cuadros, militantes y combatientes, que participaron directamente y a diferentes niveles en la construcción del EGP, en la lucha revolucionaria y en la problemática interna. Esa corriente de opinión comenzó por percatarse de las grandes lagunas orgánicas, políticas, de mandos, de táctica, de arte operativo y de estrategia que estaban en la base de los reveses sufridos, y se comprometió de que el punto de partida para solucionar esas deficiencias, pasaba efectivamente por la elevación de la calidad política, ideológica y militar de toda la Organización, y en especial de los organismos superiores; y que ese proceso no podía avanzar sin un determinado grado de democracia interna, basado inicialmente en la explicación de fondo que la DN debía dar de cuestiones tan cruciales, y recogiendo y tomando en cuenta al mismo tiempo las opiniones y razonamientos de los cuadros más calificados, cuya integridad revolucionaria estaba avalada por el cumplimiento de sus funciones, empeñando en ellas todas sus capacidades y energías.

Pero la práctica ya reseñada de esa DN que ya no existe en realidad, y que ha sido sustituida por un aparato encargado de imponer decisiones puntuales emanadas del C. en J. con mayor o menor acuerdo consciente de los compañeros que formalmente integran la DN, ha demostrado sin lugar a dudas, que de parte de esos compañeros no existe el menor propósito de seguir el camino hacia una verdadera coherencia interna y que antes bien, construyen aceleradamente todos los mecanismos destinados a sustituirla por el sometimiento y la disciplina rígida. De manera que muchos militantes, y en especial cuadros medios, son colocados ante la disyuntiva de abandonar sus posiciones de principio, en las cuales saben que está involucrado el destino de la revolución guatemalteca en el actual periodo histórico, y someterse sin más a los dictados de un aparato y de una dirección que, lejos de haber recuperado su autoridad política, la ha perdido hasta niveles que todavía no acierta a comprender. O de decidir que la problemática de fondo es de tal naturaleza, que su resolución no puede subordinarse a mecanismos que, como ya dejamos dicho, no tienen otro fin que soslayarla, suprimiendo los cauces necesarios para su solución. Nosotros, los que suscribimos este documento, hemos tomado con plena conciencia la decisión de llevar adelante esta lucha, sin subordinarla a las reglas de juego que quiere imponer para impedirla, una dirección que ya no es representativa de la corriente política que históricamente ha sido el EGP.

La confluencia que por primera vez se manifiesta de manera explícita en este documento, no es el resultado de una labor fraccional, de una pugna de poder, que por carecer de principios, debe desarrollarse a la sombra, ocultando sus propósitos. Es el resultado de un fenómeno político real, que ha ido ganando en coherencia, en la medida en que a la negativa de discusión política por parte de las referidas instancias superiores, se respondió primero con una discusión de hecho, natural entre militantes revolucionarios, y luego con una discusión más ordenada, iniciada a raíz de la decisión del compañero Benedicto, fundador del EGP y miembro de la CE de la DN, de darle a conocer la problemática a determinados cuadros de la Organización, que reiteradamente habían planteado a las instancias correspondientes, la necesidad de explicaciones políticas.

No se trata de una disputa de aparatos, de recursos, y ni siquiera de reclutamiento indiscriminado de militantes — como es propio de las dinámicas fraccionales — sino de echar a andar, dotándose de los medios necesarios y posibles, el proceso de lucha ideológica que debe sentar las premisas indispensables de coherencia política y militar a partir de las cuales, y con el grado de organicidad necesario y de práctica política concreta, se pueda ir desarrollando una dinámica orientada hacia la construcción — junto con todas las fuerzas que concidan en los postulados de principio, de concepción y método — de la unidad política profunda y estratégica que es indispensable, para sentar las bases de una verdadera vanguardia revolucionaria. Sabemos que esto es un proceso difícil y prolongado, pero estamos firmemente convencidos de que el camino de nuestra revolución pasa inevitablemente por él.

No pretendemos, ni mucho menos, tener ya una respuesta acabada para los múltiples problemas de la

Ne se trata de una disputa de aparatos, de recursos, y ni siquiera de reclutamiento indiscriminado de militantes —como es propio de las dinámicas fraccionales— sino de echar a andar, dotándose de los medios necesarios y posibles, el proceso de lucha ideológica que debe sentar las premisas indispensables de coherencia política y militar a partir de las cuales, y con el grado de organicidad necesario y de práctica política concreta, se pueda ir desarrollando una dinámica orientada hacia la construcción —junto con todas las fuerzas que coincidan en los postulados de principio, de concepción y método— de la unidad política profunda y estratégica que es indispensable, para sentar las bases de una verdadera vanguardia revolucionaria.

revolución guatemalteca, ni darla sólo nosotros. Si consideráramos que esa respuesta ya existe, no tendría sentido que el eje de nuestra concepción, fuera precisamente la claridad acerca del proceso que es necesario seguir para alcanzarla, y para desarrollarla sin cesar. Si esa respuesta ya existiera, y existiera también el instrumento orgánico capaz de llevarla a la práctica, nuestro planteamiento sería que la actual DN fuera sencillamente sustituida por otra.

Pero el hecho de que no nos presentemos con un planteamiento ya listo, otra vez elaborado "arriba", sin el necesario ejercicio colectivo, no quiere decir que nuestras posiciones sean genéricas o principistas, abstractas, alejadas de los problemas concretos de la guerra y de la revolución. No es esta la ocasión de exponer las elaboraciones a las que ya hemos llegado con el concurso colectivo. Sin embargo, esas elaboraciones existen, y nos proponemos hacerlas del conocimiento

de los compañeros, junto con los planteamientos cada vez más concretos que vaya produciendo nuestro esfuerzo político y organizativo, basado desde el principio en criterios de selectividad política y militante, y en el grado de democracia interna indispensable para analizar y dirigir.

Los razonamientos expuestos a lo largo de estas páginas, ilustran el sentido de las concepciones de fondo que sustentamos, y la incompatibilidad de estas concepciones con las que sustentan los integrantes de la actual DN. Digamos de manera muy resumida, que nuestro esfuerzo tiene como gran objetivo estratégico, contribuir de manera unitaria, abiertos a todo intercambio y cuestionamiento político proveniente de fuerzas revolucionarias, al proceso de construcción de una vanguardia única del pueblo guatemalteco, capaz de asumir las complejas funciones de dirección política y militar que entraña la revolución.

•Que esa vanguardia sólo se puede construir en el curso mismo de la lucha, lo cual en nuestro caso significa que se debe construir en el curso de la guerra popular revolucionaria, que es la vía histórica de nuestro proceso.

•Que la valoración de la necesidad de tal vanguardia arranca del balance más evidente de la experiencia pasada, y de la manifiesta incapacidad actual para responder a las exigencias de la revolución, apoyándose en un aparato que no se corresponde con la categoría marxista de la organización revolucionaria, sino que es una estructura vertical, incapaz de cumplir con las funciones objetivas de dirección que demanda el proceso.

•Que los revolucionarios necesitamos romper los bloqueos existentes para el intercambio de nuestros puntos de vista, y abandonar la práctica nefasta de que la lucha ideológica sea sustituida por acuerdos formales, ajenos a los principios.

•Que la solución de las grandes tareas que tenemos delante, exige desarrollar plenamente las energías que ya están contenidas en la Organización, pero que son aplastadas por un aparato que, lejos de valorarlas, recela de ellas.

•Que las capacidades de todo tipo de los cuadros y militantes que han sido formados en el seno de la organización revolucionaria, o que han confluído a la revolución con el potencial de sus propias experiencias y criterios, sean mejor aprovechadas en el seno de estructuras orgánicas flexibles, que no se limiten a buscar sencillamente la obediencia.

•Que los acuerdos de unidad a todos los niveles, se basen cada vez más en coherencias de principio, haciendo de la lucha ideológica y de la unidad de acción el eje de la Unidad.

Como militantes revolucionarios sabemos perfectamente que todo proyecto revolucionario debe contemplar la organicidad creciente y la acción concreta, en el plano político y militar. Pero hemos comprendido también en nuestra experiencia y en nuestra reflexión consciente, que una organización no nace sino que se hace, y desde sus inicios deben estar ya en ella los gérmenes que orienten las grandes líneas de su desarrollo. Sabemos asimismo que las insuficiencias de fondo de la revolución guatemalteca, no son algo que pueda ser resuelto de un golpe, sin reconstruir y examinar la experiencia, los grandes avances logrados, pero también sus deficiencias fundamentales, y todo ello en el único marco posible, en el de una organización que, involucrada en la lucha, sea capaz de establecer vínculos de intercambio real con las masas, a través de vínculos políticos a su interior, con las bases y los cuadros medios, basados en el principio del centralismo democrático.

De manera que en nuestro caso, no presentamos como una organización es una cuestión de principios, pero también lo es que nuestro esfuerzo es el inicio de

su construcción. Construcción que pretendemos realizar al interior del movimiento revolucionario guatemalteco y del área, del cual somos parte, buscando e implementando desde el principio todas las confluencias posibles, que se basen en identidades conceptuales, aunque discrepen en los análisis concretos. Consideramos subjetivo pretender que los análisis no sean dispares, y lejos de ver en ello un obstáculo insalvable, vemos el reflejo de una dialéctica real que es preciso abordar con los métodos y los principios que corresponden, y no pretender ignorarla o someterla desde posiciones de fuerza.

Nos podemos plantear estos objetivos generales —que en futuros análisis, tendremos que ir concretando crecientemente mediante la dinámica ya indicada— porque concebimos nuestro esfuerzo en el marco de una guerra inevitablemente prolongada, cuyo desenlace victorioso no puede darse aisladamente, sino probablemente como producto de la conjunción de esfuerzos nacionales, regionales, y aún continentales de diferentes fuerzas revolucionarias, en el marco de coyunturas propicias y como parte del proceso mundial de lucha de los pueblos por su liberación nacional y social, tal como asienta la línea militar del EGP. No tenemos en este difícil proceso una visión simplista ni alimentamos ilusiones; sabemos de los grandes escollos que se le interponen, pero la experiencia nos confirma su necesidad, y por ello nos confirma que la visión coyuntural y voluntarista, lejos de allanar el camino, lo bloquea.

Consideramos que la actual dirección puede mantenerse como tal, sobre la base del sometimiento que es posible lograr a través de estructuras supercentralizadas, en circunstancias en que muchos militantes, cuadros y combatientes no tienen la posibilidad real de desentrañar todas las implicaciones políticas y militares que tienen las cuestiones planteadas. Cuestiones que están presentes en el rumbo que le imprime a los acontecimientos una dirección que, a pesar de haber reconocido francamente su imposibilidad de gobernarlos, toma sin más el timón, ahora de manera mucho más rígida, en un momento mucho más difícil que aquel en que se considera haber sido rebasada, y hace todo eso sin examinar a fondo la cuestión y sin haber iniciado su transformación cualitativa en ese examen. Sabemos que la hegemonía del aparato, sustentada en la ausencia de un nivel político suficientemente extendido y profundo, no permite a lo sumo más que mecanismos formales de democracia dentro del EGP. El centralismo democrático no se basa en una consulta electoral, sino en una determinada calidad política, que permita verdaderos debates, y no juegos de influencia y subordinación.

Por todo lo expuesto nosotros rompemos con el Comandante en Jefe y con la Dirección Nacional del EGP, porque consideramos que se han convertido en la traba principal para que se desarrollen las grandes energías contenidas en la Organización, y porque han construido, con su reguera política y su abandono de los principios, una situación de fractura de hecho, de la cual esta declaración sólo es su reconocimiento formal y explícito, y su primera fundamentación.

12 de Febrero de 1964.

¡SALUDAMOS LA APARICION DE "DEBATE COMUNISTA"!

Con la convicción de que "la confrontación ideológica es consustancial a la unidad revolucionaria" y con el gran objetivo de "contribuir a la total unificación de los comunistas y revolucionarios guatemaltecos", ha aparecido el primer número de "Debate Comunista" correspondiente al periodo octubre-diciembre de 1984. La nueva "revista de debate político" es publicada por el sector del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) que se conformó a raíz de la ruptura ocurrida el 6 de enero del año recién pasado.

En el editorial que presenta la publicación se explica que ella responde a la necesidad de colmar "el vacío existente para dar cabida a las ideas comunistas en primera instancia y revolucionarias en general, de manera sistemática y pública" y se la concibe como un "instrumento de debate". Como "un instrumento al servicio de la revisión crítica de la historia del movimiento revolucionario de los últimos tiempos, y en particular de revisión crítica de la actuación de los comunistas, en busca de contribuir a la formación de un gran consenso sobre la conciencia histórica de nuestra revolución, cuestión vital para la construcción de acciones superiores potenciadas por el conocimiento y asimilación de la actuación de los revolucionarios en el pasado reciente".

Los compañeros señalan que ven el debate "como una acción que junto a muchas otras más, de otro tipo, apunten a la construcción de un gran proyecto político del movimiento revolucionario en su conjunto, encarnado en una expresión organizada, en una realidad política que reúna a toda la izquierda revolucionaria del país". Agregan que, "convencidos totalmente que la Guerra Revolucionaria y Popular conducirá al pueblo a la toma del poder, creemos una necesidad de primer orden debatir en torno a la experiencia político-militar reciente, sus profundas conquistas y sus dolorosos desaciertos... se trata de continuar la lucha por la liberación profundizando los combates, pero paralelamente desarrollando un balance total que ponga al descubierto los errores de conducción y concepción".

A nuestro juicio la aparición de "Debate Comunista" es un reflejo de la necesidad de discusión que es requisito consustancial para la redefinición de la estrategia revolucionaria en Guatemala, la cual a su vez debe convertirse en el eje de las redefiniciones orgánicas, políticas y militares que entraña una nueva y más amplia convergencia unitaria. Vemos en ella una expresión importante de la actitud reflexiva y fundamentada, crítica y autocrítica, que nos debe caracterizar a los revolucionarios en este periodo particularmente alucinador, cuando la práctica misma ha puesto de relieve lagunas e insuficiencias que no borran los grandes aciertos, pero que deben ser progresivamente colmadas para que los revolucionarios guatemaltecos podamos avanzar hacia la solución y superación colectiva de los nuevos desafíos que nos plantea la situación nacional y del área.

Consideramos que el estudio y discusión de "Debate Comunista" es para todos los revolucionarios guatemaltecos una tarea necesaria y provechosa que forma parte del desarrollo progresivo de nuestro pensamiento. Es éste un momento de apertura a la reflexión y a la confrontación de las ideas en el que no cabe el sectarismo ni la pretensión de suficiencia, y en el que es una obligación y una necesidad del movimiento revolucionario crear las condiciones que permitan elevar el nivel de su conciencia colectiva.

LA CUESTION MILITAR (II)

LOS ACTUALES DESAFIOS ESTRATEGICOS PARA LA GUERRA DE GUERRILLAS RURAL

En el artículo, *La Cuestión Militar*, publicado en el número anterior de Opinión Política, una de nuestras conclusiones iba en el sentido de afirmar que, debido al deterioro que como producto directo de la acción enemiga experimentaron dos de los factores estratégicos de la guerra popular revolucionaria (la participación de las masas y el factor político-diplomático Internacional), el factor militar fue desplazado en su papel de eje de las contradicciones globales de la correlación de fuerzas, y que no puede recuperar su función rectora en la estrategia por sí mismo ni a corto plazo. Pero también apuntábamos que las fuerzas militares de las organizaciones guerrilleras están intactas en lo fundamental, representando la más importante posibilidad de recomposición de la guerra de guerrillas rural en la actualidad.

El presente artículo tiene como propósito exponer nuestro punto de vista respecto a la naturaleza de los más importantes desafíos que enfrenta hoy la guerra de guerrillas rural, desafíos de cuya superación depende, a nuestro juicio, la recuperación estratégica en el campo. En futuros artículos abordaremos la necesidad de la redefinición de la estrategia de guerra popular revolucionaria, exponiendo los aspectos en que, de acuerdo a nuestro punto de vista, dicha redefinición debe tener lugar, incluyendo lo relativo a la guerra de guerrillas en el campo. Por lo demás, en el presente artículo no hacemos sino extraer las consecuencias militares de hechos denunciados o informados a lo largo de estos meses en las publicaciones revolucionarias, aunque basando nuestro análisis en la experiencia que representa haber formulado la línea militar del EGP y haber dirigido la construcción de sus frentes guerrilleros noroccidentales.

En los frentes rurales, las formas superiores de lucha militar que en la presente etapa tratan de impulsar las organizaciones revolucionarias —principalmente mediante el uso de fuerzas concentradas— enfrentan obstáculos apreciables. En lo fundamental, éstos se derivan de la correlación de fuerzas que se conformó en los frentes rurales, a partir de la contraofensiva enemiga de 1981 y de las subsiguientes fases cumplidas desde entonces por la contrainsurgencia. Los resultados de la acción del ejército entre 1981 y 1984 modificaron cualitativamente la situación militar en el campo, expresándose esto en la actualidad en diversos problemas estratégicos para las fuerzas revolucionarias.

No abordaremos aquí, por razones obvias, las dificultades que en el terreno organizativo y técnico militar (órganos de conducción estratégica, oficiales, arte operativo, logística, etc.) conlleva para las organizaciones guerrilleras el desarrollo en la actual etapa, dificultades que constituyen por sí mismas otro desafío. Nos limitaremos a señalar los problemas que, a nuestro juicio, se derivan de la acción enemiga, haciendo énfasis en aquellos aspectos que pueden afectar el curso de las operaciones militares en su conjunto o el teatro de la guerra rural como totalidad. Tres son, en este sentido, los problemas que abordaremos: a) Las modificaciones provocadas en las características del plano estratégico de la montaña por la contrainsurgencia; b) la previa concentración de fuerzas efectuada por el enemigo sobre la base de su actual modelo orgánico y operacional; c) las nuevas formas de lucha militar que a partir de los dos factores señalados puede introducir el adversario en la presente etapa.

LAS MODIFICACIONES ESTRATEGICAS EN LA MONTAÑA:

Entre 1981 y 1984, la contrainsurgencia se propuso la reversión global y a fondo de los factores que le permiten a la revolución la acumulación de fuerzas político-militares en las áreas montañosas: la población, la economía local, el terreno. El medio con que el ejército intentó lograr este objetivo fue el empleo en gran escala del genocidio, la tierra arrasada, las patrullas civiles y la reconcentración poblacional, complementando estas armas con medidas de despoblación sistemática, con campañas de deforestación en áreas clave y con la apertura de una extensa y ramificada red vial interna con propósitos militares. Fue un esfuerzo totalizador, planificado social y geográficamente, orientado a MODIFICAR CUALITATIVAMENTE LAS CARACTERISTICAS QUE HACEN DE LA MONTAÑA EL PLANO ESTRATEGICO MAS PROPICIO PARA LA ACUMULACION DE FUERZAS POLITICO-MILITARES, TRATANDO DE ROMPER ASI EL FACTOR PRINCIPAL EN QUE SE ASIENTA LA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA. El énfasis de la acción contrainsurgente recayó en los frentes guerrilleros del noroccidente, debido a representar éstos, en 1981, el principal baluarte de la guerra revolucionaria y por contener en sí, potencialmente, la amenaza político-militar más importante para el ejército.

La primera arma desplegada por el enemigo contra la montaña fue el genocidio y la tierra arrasada. Las víctimas, durante la fase correspondiente de la contrainsurgencia (1982-83), suman varias decenas de miles de muertos; la cifra de refugiados en México sobrepasa los 46 mil; el número de huérfanos de guerra asciende a 104 mil, y la cantidad de desplazados internos se estima en va-

**Los resultados de la acción del ejército entre 1981 y 1984
modificaron cualitativamente la situación militar en el campo,
expresándose esto en la actualidad en diversos problemas extratéuticos
para las fuerzas revolucionarias.**

rios centenares de miles. El objetivo inmediato de estas campañas de exterminio consistió en diezmar a la base popular de apoyo, y a partir de ello desarticular el funcionamiento interno de los frentes guerrilleros y bloquear su desarrollo.

Sin embargo, el propósito de fondo de esta arma contrarrevolucionaria es modificar cualitativamente las características socio-económicas y étnico-culturales del plano estratégico de la montaña. El genocidio, en efecto, no tiene como objetivo únicamente el exterminio en masa de la base popular de apoyo o su desplazamiento del teatro de operaciones; la tierra arrasada no persigue únicamente destruir las bases materiales de la economía local o separar al productor de su medio de producción en función militar. El objetivo más profundo es romper las bases mismas de la estructura comunal y de la unidad étnica destruyendo los factores de reproducción de la cultura y afectando los valores en que descansa — en la organización social indígena — la dignidad de la persona y su perspectiva vital. Ese propósito tiene el exterminio de niños, mujeres embarazadas y ancianos, pues ellos representan en cualquier comunidad humana — pero particularmente en la comunidad indígena, donde las fuerzas productivas y la memoria histórica dependen tan directamente de la fuerza de trabajo y de la tradición oral —, la posibilidad concreta de reproducción de la cultura.

Similar objetivo persiguen las violaciones en masa de mujeres indígenas por tropas kaibiles y otros hechos degradantes que practica el ejército en el campo. Ese es también el sentido de la tala de las milpas y la quema del maíz, pues además de su efecto económico inmediata-

to, entraña un profundo acto simbólico: la quema o la destrucción de la vida, del elemento vital. El propósito de fondo del etnocidio y de los intentos de reversión cultural se revela con nitidez si se entiende que, debido a las peculiaridades del desarrollo histórico de Guatemala, las posibilidades de sobrevivencia y de reproducción superior de la cultura indígena, están directamente vinculadas a la perspectiva revolucionaria. Borrar la memoria histórica de los pueblos indígenas y cegar su perspectiva de liberación se convierte en esa medida, en objetivo de fondo de la contrainsurgencia.

A nivel de la economía local, la tierra arrasada sigue propósitos parecidos. No se trata, únicamente, de privar a las fuerzas guerrilleras de los recursos agrícolas que les puede proporcionar la comunidad campesina. El gran objetivo consiste en provocar un grado tal de depauperación comunal, que las bases mismas de esta forma de organización campesina se desintegren y los productores queden a expensas de la dinámica ciega de las leyes económicas capitalistas.

Debido al carácter agrario de la sociedad guatemalteca, y debido a la combinación y complementación en la estructura socio-económica de formas capitalistas y precapitalistas de producción, en áreas extensas del altiplano noroccidental priva un tipo de economía campesina que combina la autosuficiencia de la pequeña unidad de producción, con la venta temporal de la fuerza de trabajo en las áreas de economía mercantil predominante. Para estas comunidades, la acumulación de las técnicas agrícolas tradicionales y la unidad ecológica del medio, son vitales. Ambos le proporcionan los recursos, las materias primas e incluso

muchos de los instrumentos de trabajo para la producción de autoconsumo. La agricultura tradicional del maíz, por ejemplo, ha llegado a producir en Guatemala cerca de 2 mil variedades de semillas de este grano, cuya productividad en las distintas condiciones del medio depende de su calidad intrínseca y no de los insumos que requieren las variedades comunes. En esa medida, la riqueza agrícola tradicional constituye un recurso productivo vital para decenas de miles de campesinos que, durante toda una época del año, producen virtualmente al margen de la economía capitalista.

Al afectar las bases de la economía rural con la tierra arrasada⁽¹⁾, las posibilidades de reproducción económica se anulan: las bases de la comunidad agraria se derrumban y centenares de miles de campesinos quedan a expensas de las leyes económicas capitalistas. La gestación de una nueva capa de campesinos ricos, mediante la concentración de las tierras sin propietario virtual, como consecuencia del genocidio y la despoblación, tiene el propósito de crear una élite de propietarios rurales conservadores y antiguerrilleros, la base socio-económica de un nuevo poder local. Se trata en esencia de una forma de proletarianización en masa por medios militares, de imponer, mediante la guerra, nuevas relaciones de producción. Los efectos militares de la tierra arrasada — para una guerra irregular que en buena medida se asienta en las posibilidades de la economía comunal indígena — saltan a la vista.

Las patrullas civiles, resultado y complemento a la vez del genocidio y la tierra arrasada, son una de las armas clave de la contrainsurgencia y representan el hecho político más

(1) La tierra arrasada incluye quema de viviendas y bosques, destrucción o incautación de productos e incautación o sacrificio de los animales de labor y domésticos, de manera que el efecto de depauperación sea global e irreversible.

Fue un esfuerzo totalizador, planificado social y geográficamente, orientado a modificar cualitativamente las características que hacen de la montaña el plano estratégico más propicio para la acumulación de fuerzas político-militares, tratando de romper así el factor principal en que se asienta la estrategia revolucionaria.

importante ocurrido en el país — en lo que toca a la estructura del poder local enemigo —, desde el siglo XVI, cuando se reconcentró a la población aborigen en los llamados pueblos de indios. El solo hecho de que 900 mil personas formen parte de ellas por la fuerza, en un país de 7 millones y medio de habitantes, da una idea del fenómeno social-político que constituyen. Como en el caso del genocidio y la tierra arrasada, el propósito de la contrainsurgencia al organizar estas formaciones paramilitares masivas no se reduce a contar con fuerzas auxiliares durante las operaciones o a descargar en ellas tareas de patrullaje o de control en las localidades. En la montaña, los objetivos de fondo consisten en construir a partir de ellas formas nuevas y masivas de poder local contrarrevolucionario, en utilizarlas como el instrumento principal para intentar convertir en guerra civil la guerra revolucionaria, en contar con fuerza de trabajo masiva en función militar y en disponer de fuerzas militares territoriales que le permitan a las tropas regulares la concentración efectiva.

Organizadas bajo el terror del genocidio y el arrasamiento, las patrullas civiles comenzaron a ser utilizadas como fuerzas auxiliares por el ejército, principalmente durante operaciones contra la población insurrecta o beligerante como base de apoyo de las fuerzas revolucionarias. El objetivo inicial era comprometer en la acción represiva a un número creciente de patrulleros, creando barreras insalvables entre estos y el resto de la población civil. Y, por lo mismo, grados irreversibles de compromiso de los patrulleros con el ejército. Las masacres perpetradas por estas formaciones paramilitares en las aldeas campesinas, entre 1982 y 1983, se cuentan por decenas y por varios miles el número de víctimas. Al producirse la respuesta defensiva de la población atacada, se

comienza a lograr el propósito de distorsionar el carácter de la guerra. El efecto objetivo de beligerancia conseguido de esta forma en la patrulla civil es reforzado mediante la represión del ejército — que alcanza entonces niveles de brutalidad indescribibles — y a través del estímulo de la rapina, de los conflictos de tierras y de las diferencias étnicas existentes localmente. Concluida la fase de enfrentamiento, el ejército cuenta con una fuerza civil interesada, por razones obvias, en mantener la relación local de fuerzas. Por ello mismo, la patrulla civil comienza a cumplir funciones inherentes al poder local, al servicio de la fuerza militar hegemónica.

Las armas descritas hasta aquí se complementan con formas de reconcentración de la población. Entre 1982 y 1984, el mapa de la contrainsurgencia revela una actividad sistemática del ejército en la reconcentración demográfica, despoblando áreas fronterizas, selváticas y serranas, y reubicando a sus pobladores en bases militares, en sus aldeas de origen (como fue el caso con los sobrevivientes de los parcelamientos de Ixcán) o en los que a partir de 1984 llama Polos de Desarrollo. El objetivo inmediato de la reconcentración demográfica es despoblar las áreas clave para el funcionamiento de los frentes guerrilleros, intentando privar a las fuerzas revolucionarias de sus bases de apoyo dispersas en el terreno o situadas en áreas propicias para la maniobra. Se busca así complicar o eliminar las posibilidades de suministro logístico, dificultar las comunicaciones y, como efecto general, reducir o impedir la capacidad de maniobra de las unidades guerrilleras. Según cifras proporcionadas por el ejército, en 1984 había 18 mil personas reconcentradas en tres de los llamados Polos de Desarrollo.

población sobreviviente de 36 aldeas de las áreas selváticas de Ixcán y de las zonas serranas del Triángulo Ixil.

La ubicación de los Polos de Desarrollo es indicativa de las áreas afectadas por esta política antiguerrillera y evidencia los objetivos militares que persigue. Estas modalidades de reconcentración poblacional, en efecto, se hallan enclavadas en el corazón de los frentes guerrilleros noroccidentales y septentrionales (Huehuetenango, El Quiché, El Peten), teniendo como propósito modificar las características demográficas del área, a partir de concentrar en poblados bajo control militar a la población de centenares de aldeas dispersas. El objetivo concreto es neutralizar el valor militar del terreno despoblando sistemáticamente las áreas principalmente afectadas por esta política son los altiplanos boscosos comprendidos en el Sistema de Los Cuchumatanes, las regiones selváticas fronterizas y las planicies lluviales limitrofes peteneras, incluyendo las zonas de implantación originaria de las organizaciones guerrilleras que operan en estas partes del país. La migración en gran escala a territorio mexicano, provocada por las campañas de contrainsurgencia, no quedó al margen de esta política de despoblación. Los ataques perpetrados por el ejército guatemalteco a campamentos fronterizos de refugiados, tienen como objetivo provocar el terror entre la población migrante e impedir su posible activación como base de retaguardia de las fuerzas revolucionarias.

Sin embargo, el propósito de largo plazo de los Polos de Desarrollo es la sistematización de las nuevas formas de poder local contrainsurgente en forma centralizada, a través del sistema de Coordinadoras Interinstitucionales. El funcionamiento de estos nuevos centros de población obedece a rigurosos criterios militares. Tanto el diseño de los



poblados (racionalización militar del espacio, trazado rectilíneo, alumbrado nocturno), como el régimen interno de control (horarios, salvoconductos, actividad de inteligencia, guerra psicológica y propaganda) tienen obvio carácter contrainsurgente. La creación en 1985 de una compañía de S-5 (nueva sección encargada de "Asuntos Civiles y Desarrollo Local") por Zona Militar es la base orgánica para el despliegue de las campañas de reformismo local antiguerrillero; los Polos de Desarrollo representan el marco estructural. Se trata de colocar a la población reconcentrada en situación de absoluta dependencia en relación a las autoridades militares o a los funcionarios civiles impuestos por el ejército.

Además del exterminio en gran escala, de los desplazamientos en masa, de la proliferación de patrullas civiles y de la reconcentración demográfica, de 1982 a 1984 los mapas antiguerrilleros registraron otros fenómenos de naturaleza militar: la deforestación de extensas áreas selváticas, fronteras y la apertura de una extensa y ramificada red vial interna en las montañas. La tala y quema de centenares de kms² de bosques, en las zonas limítrofes con México, persigue eliminar áreas de refugio estratégico de las unidades guerrilleras y de la población en resistencia, buscando neutralizar puntos virtuales o potenciales de retaguardia dispersos en el terreno. La apertura de caminos, principalmente en los altiplanos deforestados del Sistema de Los Cuchumatanes —a cargo de las patrullas civiles y del Batallón de Ingenieros del ejército— tiene como objetivo modificar la geografía del teatro de operaciones, construyendo la infraestructura necesaria para la introducción ulterior de otras formas de lucha militar.

En síntesis, entre 1981 y 1984, la contrainsurgencia se propuso modificar radicalmente las características socio-políticas, étnico-culturales, económicas, demográficas, geográficas y topográficas que hacen de la montaña el plano estratégico principal para la guerra popular revolucionaria, al menos en los departamentos noroccidentales y septentrionales, el plano que reúne las características necesarias para dar lugar en determinadas circunstancias, al surgimiento de estructuras sociales alternativas (poder local revolucionario) y a estructuras militares de distinto tipo y magnitud (fuerzas irregulares locales, columnas, frentes guerrilleros), estructuras en las

... se trata de establecer si los fenómenos enumerados han modificado cualitativamente las características que, en la década pasada, nos llevaron a definir la montaña como el plano estratégico propicio por excelencia, el plano óptimo para basar el esfuerzo principal del proyecto guerrillero. Es decir, lo que se busca es determinar en qué medida las campañas de contrainsurgencia modificaron factores estructurales de este plano, como son la composición demográfica, la economía local autosuficiente, la naturaleza del poder local y el grado de aislamiento del territorio. Ello es indispensable, porque en estos factores, en medida determinante, descansan en la línea militar que trazamos para los frentes noroccidentales las categorías político-militares de base de apoyo, de poder local revolucionario y de frente guerrillero, categorías que constituyen la precondition para la construcción y el funcionamiento de unidades militares de distinto tipo.

cuales se basa la posibilidad de desarrollar una guerra inicialmente irregular a niveles superiores.

Para la guerra de guerrillas rural, por lo tanto, la cuestión se plantea en términos de establecer, en primer lugar, en qué medida el enemigo logró el gran propósito de quitarle el agua al pez. En el balance analítico el cuestionamiento se plantea, por consiguiente, al nivel de la estrategia misma, puesto que se trata de establecer si los fenómenos enumerados han modificado cualitativamente las características que, en la década pasada, nos llevaron a definir la montaña como el plano estratégico propicio por excelencia, el plano óptimo para basar el esfuerzo principal del proyecto guerrillero. Es decir, lo que se busca es determinar en qué medida las campañas de contrainsurgencia modificaron factores estructurales de este plano, como son la composición demográfica, la economía local autosuficiente, la naturaleza del poder local y el grado de aislamiento del territorio. Ello es indispensable, porque en estos factores, en medida determinante, descansan en la línea militar que trazamos para los frentes noroccidentales las categorías político-militares de base de apoyo, de poder local revolucionario y de frente gue-

rrillero, categorías que constituyen la precondición para la construcción y el funcionamiento de unidades militares de distinto tipo. Es una valoración que nada tiene que ver con el moralismo en política ni con la retórica sobre las masas, sino con el rigor objetivo en la evaluación de la correlación de las fuerzas.

A nivel de la estrategia, esta valoración es decisiva —y de ahí la importancia y la obligatoriedad del balance—, porque de su resultado dependen las respuestas a cuestiones como la relativa a si los cambios operados hacen ahora de la montaña un plano estratégico de valor y funciones similares, por ejemplo, al llano, donde las características del terreno, del poder local y de los intereses enemigos hacen de él un área desfavorable y en todo caso sujeta a la disputa militar, y política; a cuestiones como la relativa a si el factor militar, ante los cambios operados puede jugar en esta etapa la función rectora en la estrategia global; a si la lucha guerrillera rural puede recuperarse en las próximas fases por sí misma o si esto depende de la reactivación de otros factores estratégicos; a si el énfasis para recuperar la guerra de guerrillas rural puede recaer en la actualidad en el factor

militar o más bien en el factor político, o en una articulación de ambos en la cual es preciso establecer cuál de los dos es el prioritario y como deben relacionarse en el espacio y en el tiempo.

A nivel de la táctica, de estas respuestas dependen decisiones como la relativa a si lo que corresponde —atendiendo a la correlación de fuerzas concreta— es defender a la población de los ataques del ejército o si más bien lo que procede es diseñar una táctica global que haga posible la autodefensa de la población. De este tipo de cuestiones depende, en fin, el carácter de las tareas que están a la orden del día en la montaña y los plazos que en consecuencia entraña su consecución.

La respuesta teórica y práctica a estos problemas estratégicos es uno de los desafíos planteados actualmente a la guerra de guerrillas rural.

LA PREVIA CONCENTRACION DE FUERZAS IMPLEMENTADA POR EL ENEMIGO EN ESTA ETAPA

Al menos desde el segundo semestre de 1982, el enemigo concentró sus fuerzas militares, una de cuyas modalidades son las Fuerzas de Tarea. La existencia de este tipo de

A nivel de la estrategia, esta valoración es decisiva —y de ahí la importancia y la obligatoriedad del balance—, porque de su resultado dependen las respuestas a cuestiones como la relativa a si los cambios operados hacen ahora de la montaña un plano estratégico de valor y funciones similares, por ejemplo, al llano, donde las características del terreno, del poder local y de los intereses enemigos hacen de él un área desfavorable y en todo caso sujeta a la disputa militar y política; a cuestiones como la relativa a si el factor militar, ante los cambios operados, puede jugar en esta etapa la función rectora en la estrategia global; a si la lucha guerrillera rural puede recuperarse en las próximas fases por sí misma o si esto depende de la reactivación de otros factores estratégicos; a si el énfasis para recuperar la guerra de guerrillas rural puede recaer en la actualidad en el factor militar o más bien en el factor político, o en una articulación de ambos en la cual es preciso establecer cuál de los dos es el prioritario y cómo deben relacionarse en el espacio y en el tiempo.

unidades, en efecto, es sólo una expresión de esfuerzos más globales de concentración de fuerzas, fenómeno que es el que nos interesa subrayar aquí. La concentración de fuerzas implementada por el enemigo en la presente etapa no es un hecho parcial que se manifieste únicamente en la existencia de determinados agrupamientos móviles de combate, ni es una decisión fortuita o improvisada. Abarca la estructura del ejército en su conjunto y responde a criterios y a previsiones estratégicas, los cuales ponen de manifiesto su coherencia doctrinal y su flexibilidad estructural, independientemente de la eficacia que los oficiales y las unidades de combate demuestran en el terreno o en las operaciones concretas.

En los últimos 17 años — coincidiendo en parte con el periodo de contrainsurgencia — el ejército guatemalteco ha variado tres veces el modelo de su estructura orgánica y operacional. El rasgo dominante de su dinámica en dicho periodo es la conversión progresiva de su estructura regular hacia modelos que, manteniéndose dentro de ciertos principios doctrinales de defensa externa del Estado y preservando determinadas estructuras que les corresponden, preferencian lo orgánico y operacionalmente a la seguridad tema, adecuándose de manera creciente al carácter irregular de la guerra que enfrenta. Doctrina, armas, estrategia y táctica han experimentado mutaciones esenciales en ese sentido en el periodo de contrainsurgencia.

De 1966 a 1983, el ejército guatemalteco ha adoptado tres modelos

sucesivos, bajo la concepción apuntada. Hasta 1966, año en que se incrementa la intervención norteamericana en materia de asesoria y ayuda de contrainsurgencia, el modelo vigente fue el de la estructura convencional regular, basado en criterios de defensa territorial, vigilancia de fronteras y movimiento del centro hacia la periferia. A partir del año mencionado, el modelo adoptado prioriza la seguridad interna, apareciendo las tropas especiales y la función de Acción Cívica a nivel de Estado Mayor, aunque manteniendo la tradicional estructura en Zonas Militares. Este primer modelo correspondía a la particular ubicación del movimiento guerrillero en la década de los años 60, localizado principalmente en la Sierra de Las Minas. De 1976, aproximadamente, a 1982, tiende a predominar el modelo contrainsurgente de Brigadas, Puestos de Comando Avanzado y Bases de Patrulla, correspondiendo a la etapa de generalización de la guerra de guerrillas. En 1983 adopta el actual modelo de Zonas Militares y Fuerzas Móviles Estratégicas, en atención a las fases de concentración de fuerzas emprendida por el movimiento revolucionario. Los cambios doctrinales y orgánicos corresponde, pues, a fases de desarrollo interno de la guerra o a su previsión. (1)

A partir de 1976, al resurgir la lucha guerrillera en el noroccidente, el ejército comienza a implementar el modelo basado en Brigadas, Puestos de Comando Avanzado y Bases de Patrulla, aunque la estructura anterior de Zonas Militares continúa vigente en las áreas del país donde no se manifiesta directamente la

lucha militar. Bajo este modelo se reorganiza la Marina de Guerra, y el ejército pasa a estar formado por tres armas electivas. En términos generales, este modelo se caracteriza por la implementación de modalidades nuevas de centralización del mando y de coordinación y cooperación de las armas y los servicios; por incorporar las tres armas a las operaciones antiguerrilleras (2) y por adoptar una estructura territorial y operacional que se adecua por completo a la fase de desarrollo militar de las fuerzas revolucionarias o a su previsión.

A nivel de las unidades estratégicas terrestres, el modelo está calcado en la estructura que adoptaron las fuerzas expedicionarias yanquis en Vietnam, aunque con obvias adecuaciones al aplicarlo a unidades pequeñas que, además, poseen medios relativamente inferiores en variedad y cantidad a los utilizados por el ejército norteamericano. Las unidades estratégicas operacionales (las Brigadas) se dislocan en el territorio atendiendo al criterio de cubrir directamente los distintos teatros de operaciones permanentemente, simplificando sus estructuras en cuanto a fuerzas y medios, dotándolas de autonomía operacional táctica y de servicios de retaguardia descentralizados relativamente, a fin de garantizar la flexibilidad estructural y la agilidad operacional que se requieren para responder a una guerra que no presenta posiciones y recurre a tácticas no convencionales. Más que a la estructura política estatal, la circunscripción de las Brigadas se establece atendiendo a la configuración de los frentes guerrilleros y a la diná-

(1) Las Fuerzas de Tarea, en realidad, comenzaron a ser utilizadas por el ejército en 1981. Durante la contraofensiva sobre el altiplano central aparece ya una de estas unidades operando en El Quiché-Chimaltenango.

(2) Desde el punto de vista de sus medios y funcionamiento, la Fuerza Aérea también sufre modificaciones importantes en este modelo. A partir de 1976, el arsenal del aire está compuesto casi exclusivamente por medios antiguerrilleros: aviones de transporte ligero IAI 202 Arava, de fabricación israelí, artillables, construidos especialmente para la lucha antiguerrillera en terrenos desfavorables, son utilizados para el transporte y el abastecimiento de las tropas, aprovechando su adaptabilidad a las pistas precarias y fangosas de la selva, y su capacidad de fuego instalada en misiones punitivas contra la base popular de apoyo; los cazabombarderos a reacción A-37B, de fabricación norteamericana, diseñados especialmente para la guerra de contrainsurgencia en Vietnam, son utilizados exhaustivamente en misiones de bombardeo de posiciones, debido a sus características para el ataque ligero y a su capacidad de carga; los aviones de entrenamiento PC-7, Pilatus, de fabricación suiza y artillados en Canadá, son usados en misiones de bombardeo y ametrallamiento de posiciones militares o de población civil, debido a su versatilidad; los helicópteros del tipo UH-1 o su equivalente civil artillable, el Bell Jet-Ranger, de fabricación norteamericana y uso múltiple, constituyen el medio aéreo más utilizado por el ejército guatemalteco en su guerra de contrainsurgencia. La autonomía de vuelo, la maniobrabilidad, la capacidad de fuego instalada y la capacidad de transporte hacen de este tipo de helicóptero un medio de gran utilidad en la lucha antiguerrillera. En este modelo, la estructura territorial de la Fuerza Aérea consistió en un sistema de bases (La Aurora, en la capital; Santa Elena, en El Petén; San José, en Escuintla) y una estructura de comando central según el tipo de medio.

Aunque la Marina de Guerra es un arma de escaso desarrollo y medios limitados, en el modelo examinado también se incorporó a las actividades de contrainsurgencia. En 1981, la Marina contaba con tres bases navales (Santo Tomás de Castilla, en Izabal; Sipacate, en Escuintla; Santiago Atitlán, en el lago de Atitlán, Sololá), medios consistentes en unidades de superficie para el patrullaje de litorales y una compañía de infantería de marina. El comando de la Marina de Guerra tenía su sede en la base naval de Santo Tomás de Castilla, en la costa atlántica. En 1981 se fundó la base naval de Atitlán, participando ya en las campañas contra el altiplano central de aquel año, incorporándose infantería y unidades de patrulla a operaciones terrestres y anfíbias.

nica previsible de expansión de los mismos (4). La Brigada antiguerrillera, como categoría estructural, no responde al concepto clásico propio de los ejércitos regulares. En el modelo en cuestión, la Brigada es prácticamente un Batallón de infantería reforzado con unidades de artillería blindados y eventualmente helicópteros, cuyas fuerzas fluctúan entre los 800 y los 1500 efectivos. En 1981, el ejército terrestre estaba organizado en 10 Brigadas antiguerrilleras (5).

Las Brigadas dislocadas en áreas de operaciones, como Quetzaltenango, Huehuetenango o Poptún, utilizan un sistema de redisolación consistente en la instalación de Puestos de Comando Avanzado (PCA) y Bases de Patrulla, correspondientes a los niveles táctico y operativo respectivamente. El PCA puede ser permanente o temporal, tiene una jurisdicción convencional y en la estructura territorial se confunde con frecuencia con las bases militares. El nivel de redisolación operativo —el de la Base de Patrulla— coincide generalmente con la división político-administrativa territorial del Estado a nivel de municipio, o a nivel de los distritos establecidos por la guerrilla en los frentes noroccidentales. En términos generales, el modelo de Brigadas correspondió a la etapa de generalización de la guerra de guerrillas.

En diciembre de 1983, el gobierno promulga la nueva Ley Orgánica del Ejército, en la cual se sanciona el modelo vigente hasta hoy, consistente en la estructura de Zonas Militares, Bases Militares y Fuerzas Móviles Estratégicas. Este modelo conlleva una reorganización de la estructura de comando, territorial y operacional de la institución en su conjunto y se caracteriza por el intento de centralizar totalmente el mando en el Estado Mayor de la Defensa

Nacional (dejando al Ministerio de la Defensa Nacional como estructura meramente administrativa), por buscar resolver la contradicción existente entre funciones administrativo-territoriales y operacionales, por el virtual rango de armas que se le otorga a la Seguridad y a la Industria Militar (6), y por la subordinación de todos los criterios a la eficacia operacional. Su objetivo es adecuar la estructura global a las necesidades de la guerra de contrainsurgencia, previendo la concentración de las fuerzas militares revolucionarias (7) y teniendo en cuenta los fenómenos sociales emergentes en el campo como resultado de las campañas antiguerrilleras en curso.

La Creación del sistema de Zonas Militares —prácticamente una por cada departamento del país— tiene como propósito central resolver la contradicción entre funciones administrativo-territoriales y operacionales en el modelo anterior, en una fase de la contrainsurgencia en la que las Brigadas dislocadas en zonas de operaciones se ven obligadas a asumir crecientemente funciones de organización, administración y control poblacionales, funciones que las distraen del combate directo. En el modelo actual, las Zonas Militares son estructuras administrativo-territoriales, con sede en la cabecera departamental, encargadas del reclutamiento ordinario, de la organización y administración de las patrullas civiles y de la centralización a su nivel de los planes políticos y económicos complementarios de la acción militar, bajo el sistema de Coordinadoras Interinstitucionales. Las Zonas Militares juegan, por lo mismo, un papel importante en la llamada Acción Cívica de Desarrollo. Cuentan con pequeñas guarniciones en la sede y con una compañía de S-5 para la función mencionada anteriormente.

La función operacional, en este modelo, recae en las Bases Militares y en las Fuerzas Móviles Estratégicas. La coordinación y cooperación entre ambas estructuras es centralizada por el EMDN. La creación de estas fuerzas operacionales refleja el propósito del ejército de resolver la contradicción existente en el modelo anterior, entre funciones administrativo-territoriales y operacionales, en una fase de desarrollo de la lucha militar en la cual las fuerzas revolucionarias pasan de la generalización de la guerra de guerrillas a fases de concentración de fuerzas.

Las Bases Militares son instalaciones fijas, dislocadas en puntos estratégicos del frente de batalla (Plaza Grande, Poptún, Santa Ana Berlim) y complementan en operaciones a las Fuerzas Móviles Estratégicas. Estas últimas, en el actual modelo, adoptan la modalidad conocida como Fuerzas de Tarea. Su concepción se basa en el diseño correspondiente a este tipo de unidades en la doctrina yanqui de la contrainsurgencia, aunque adaptadas en términos de envergadura, estructura, medios y tática a las condiciones de guerra del país. Son fuerzas móviles de carácter regular y nivel de Batallón, bajo el mando de un Comandante que tiene a su servicio un pequeño Estado Mayor. Están estructuradas a nivel de Compañía y su personal de tropa lo forman paracaidistas, kaibiles, comandos y tropa regular. Cuentan con baterías de artillería de campaña, tienen asignados 2 o 3 helicópteros y poseen servicios logísticos independientes.

Mediante esta concentración de fuerzas, el ejército procura crear las condiciones para cumplir, de la manera más coherente posible, la fase de búsqueda y destrucción de las unidades guerrilleras en proceso de concentración. Las Fuerzas de Ta-

4 La Base Militar de Huehuetenango —sede de la Brigada correspondiente bajo el modelo en cuestión—, es un sistema de instalaciones militares modernas, fortificadas, provisto de pista de aterrizaje para cazabombarderos a reacción de alcance táctico, de helipuerto y de un sistema diversificado de comunicaciones que incluye radio, teléfono y probablemente telex. Está instalada en las afueras de la cabecera departamental, junto al nudo carretero principal de la región, sobre la Ruta Panamericana. Se halla al pie del macizo montañoso de Los Cuchumatanes, habiendo sido iniciada su construcción en un periodo en que no se manifestaban en el departamento actividades militares revolucionarias, aunque un pronóstico correcto podía preverlas. En su circunscripción, la Brigada de Huehuetenango incluyó a la base militar que hasta 1977-78 funcionaba en Santa Cruz del Quiché.

5 1. Mariscal Zavala (Guatemala); 2. Guardia de Honor (Guatemala); 3. Huehuetenango; 4. Quetzaltenango; 5. Cobán (Alta Verapaz); 6. Poptún; 7. Puerto Barrios (Izabal); 8. Puerto de San José (Escuintla); 9. Zacapa y 10. Jutiapa.

6 La Industria Militar consiste por ahora en una fábrica de municiones y en el proceso tecnológico para efectuar el blindaje de los carros de asalto tipo *Armadillo*, en su denominación nacional. La fábrica fue instalada con asesoría y tecnología israelí, localizándose en Cobán, Alta Verapaz. Su capacidad actual se reduce a la fabricación de municiones calibre 5.56 y 9 mm.

7 La captura de documentos y otras fuentes de información estratégica sobre los planes de las fuerzas revolucionarias, lograda por el servicio de inteligencia del ejército entre 1979 y 1980, le permitieron a este establecer con bastante precisión la configuración de los frentes guerrilleros, de sus planes de expansión, así como de la dinámica previsible de concentración de fuerzas, tras la etapa de generalización de la guerra de guerrillas.

na se despliegan en el territorio montañoso como unidades móviles, con la única función de buscar contacto. Debe tenerse presente que la concentración de fuerzas enemiga tiene como supuestos el abandono del modelo de Brigadas, basado en criterios de redistribución sucesiva de las grandes unidades de combate, modelo que implica la dispersión de la fuerza combativa en el control de territorio, que no existen en esta etapa frentes guerrilleros ni en la ciudad ni en el llano, lo cual le permite al Estado Mayor concentrar sus operaciones en la montaña; que dos frentes guerrilleros rurales fueron desmantelados (frentes paracentral y de Alta Verapaz) o sometidos a un grado apreciable de desarticulación, hecho que circunscribe aún más al área de operaciones rural; que las patrullas civiles representan modalidades de milicia territorial que le evitan ahora a las fuerzas regulares funciones que en otras condiciones implicarían la distracción de aquéllas; que las tres armas siguen involucradas en las operaciones y que el modelo adoptado permite la descentralización efectiva —al menos estructural— de los servicios de retaguardia.

SON TODOS ESTOS FACTORES LOS QUE HACEN POSIBLE QUE LAS UNIDADES ESTRATEGICAS OPERACIONALES CONCENTREN EN SI, ESTRUCTURALMENTE, EL POTENCIAL OFENSIVO DEL EJERCITO, compensando en esa medida la relativa ineficacia operativa de los oficiales y las complicaciones burocráticas que conlleva una estructura de comando centralizada desde la capital, en cuanto a la cooperación efectiva de las armas y los servicios.

Esta previa concentración de fuerzas —su raíz doctrinal, su carácter global, su significado en el contexto de la correlación de fuerzas concreta— representa, en nuestra opinión, uno de los más delicados desafíos estratégicos para la guerra de guerrillas rural en la presente etapa. A nivel de la estrategia militar, la cuestión se plantea en términos de que la concentración de fuerzas guerrilleras, en la presente etapa, no se produce sobre la base de la iniciativa, en un doble sentido: porque la decisión de concentrar las propias fuerzas la tomó el enemigo a la ofensiva y como resultado de la previsión estratégica, mientras que la nuestra se produjo a la defensiva, en buena medida como producto de las campañas enemigas de 1961-62, las cuales desarticulaban nuestra estrategia en el terreno en la etapa anterior.

El problema militar, por lo tanto, se plantea en términos de si es correcto, ateniéndonos a los principios de la estrategia, persistir en un plan frente al cual el adversario posee la iniciativa, en la medida en que ha logrado revertir varios de los factores estratégicos de la guerra de guerrillas rural, o si lo que corresponde es, evaluando con rigor objetivo la correlación de fuerzas concreta, modificar el sentido de nuestros esfuerzos militares, dirigiendo las fuerzas hacia un nuevo punto de ataque y logrando, a partir de la redefinición estratégica, convertir una derrota temporal en una victoria definitiva. Se

trata, ciertamente, de diseñar los planes adecuados para arrebatarse la iniciativa al enemigo y construir —en los plazos posibles— una correlación de fuerzas favorable, y no de persistir en dinámicas que pueden conducir a que la guerra de guerrillas adopte en el país el carácter de fenómeno crónico, en el cual nos habituemos a considerar como éxitos nuestra mera sobrevivencia, o como avances aquellas campañas que crean expectativas pero que en concreto no recomponen favorablemente la situación global.

A nivel de la táctica, la cuestión se

Para las fuerzas guerrilleras rurales de la revolución, la actual correlación militar de fuerzas entraña desafíos estratégicos que no se pueden subestimar ni soslayar. Son, en primer lugar, cuestiones que nos atañen a todos, pues el avance, el estancamiento o el retroceso de la guerra en el campo afecta la situación y la perspectiva global de la revolución. Un punto de vista simplista, de corto plazo o triunfalista respecto a éstas y otras cuestiones de fondo del problema militar, sólo conduciría la guerra revolucionaria a trampas estratégicas. No se trata de magnificar las dificultades, pero tampoco de minimizarlas. Se trata de basar nuestra estrategia militar en análisis objetivos y en previsiones que presuponen, en todo caso, el conocimiento actualizado del enemigo y el análisis riguroso, frío, de la correlación de fuerzas.



plantea en términos de si es posible enfrentar una concentración de fuerzas superior, con fuerzas militares inferiores; en términos de que la concentración de fuerzas es efectiva siempre que se produzca contra una debilidad; en términos de que la concentración de fuerzas es eficaz —cuando se produce sin tener la iniciativa en lo estratégico— siempre que la concentración sea producto, por nuestra parte, de una dispersión previa calculada y como una decisión que tiene entonces a su favor la toma de la iniciativa en lo táctico: es decir, cuando construimos en el adversario, mediante la táctica, la debilidad que se requiere para que nuestra concentración produzca los resultados buscados. Pues la concentración de fuerzas militares no es un imperativo moral, ni una panacea para resolver los problemas de la guerra, al margen de la correlación concreta de fuerzas, sino un concepto militar, indisoluble del concepto de dispersión, así como el concepto de ofensiva va ligado al de defensiva y el de avance al de repliegue.

LAS NUEVAS FORMAS DE LUCHA MILITAR QUE PUEDE INTRODUCIR EL ENEMIGO

Teniendo en cuenta las modificaciones que en mayor o menor grado provocó el enemigo en las características del plano estratégico de la montaña, a partir del despliegue de sus armas contrainsurgentes, entre 1981 y 1984; teniendo en cuenta también la concentración de fuerzas implementada por el ejército, a partir de su actual modelo orgánico y operacional; teniendo en cuenta lo que todo esto implica en la correlación concreta de fuerzas en el plano militar, es imprescindible hacer algunas previsiones en torno a las probables formas de lucha militar que aquél puede implementar en la presente etapa. Se trata, subrayamos, de previsiones, pues en materia militar es este el único nivel que permite el pronóstico.

Una de nuestras previsiones, en atención a los factores en presencia —y a la cual nos limitaremos en el presente artículo—, es la introducción de una nueva arma en el arsenal de la contrainsurgencia, si la situación militar lo exigiera: *la guerra mecanizada*. Su probable implementación por el ejército, en la etapa actual, se basa en tres factores: a) la apertura de la red vial interna, efectuada en el corazón de los frentes guerrilleros noroccidentales por las patrullas civiles, b) el inicio de la

Es nuestra convicción que en la presente etapa de confrontación militar está en juego la recuperación de la lucha revolucionaria en el país. En cuanto a la guerra de guerrillas rural —factor de primer orden del proyecto en su conjunto—, dicha recuperación depende de manera decisiva de la capacidad de los actuales dirigentes de la URNG para situar la guerra de guerrillas rural en el cuadro de factores estratégicos. De ello dependen rumbo, posibilidades de victoria y plazos. Las unidades militares de la URNG son fuerzas que sólo han podido ser construidas a través de largos y complejos procesos de lucha. Empeñar esas fuerzas en un combate de resultados inciertos, sin tener en cuenta la complejidad de los factores en juego y el forzoso largo plazo que se requiere para recomponer una estrategia que fue desarticulada en los hechos por el enemigo, sería arriesgar a una carta el factor que es en última instancia el decisivo. Administrar éste sabiamente, para hacerlo pesar en la balanza junto a los otros factores de que por definición es parte —en el momento en que esto pueda ser posible—, no sólo permitiría su preservación, sino que haría posible que de nuevo juegue el papel rector que en la estrategia global le corresponde. El principio que gobernaba el pensamiento militar de Bolívar debiera estar indeleblemente escrito en nuestras banderas: Audacia en planificar, prudencia en ejecutar.

No se trata, pues, del criterio simplista de si la guerra de guerrillas es viable o no, de si se reniega de ella o se la apoya, como si fuera una opción moral o un programa político. Se trata de definir e impulsar las formas de lucha concreta con que es preciso renovar nuestro trabajo militar, para que sea eficaz frente a una situación estratégica que a su vez ha cambiado.

fabricación del blindaje de los carros de asalto Armadillo y la asesoría israelí.

A partir de 1982, en efecto, en áreas clave de los frentes guerrilleros noroccidentales se registra una notable actividad de apertura de caminos internos, red vial cuya complejidad y extensión no se explica únicamente en función de los planes reformistas de la llamada Acción Cívica de Desarrollo. Responde, ciertamente, a necesidades evidentes en áreas tradicionalmente incomunicadas, en función de estimular los circuitos comerciales internos o las necesidades de transporte de extensos sectores de la población rural. Sin embargo, sin excluir esta dimensión, la red vial abierta trasciende estos propósitos, siendo evidente su carácter militar. Esta red vial local, en efecto, cobra nuevo sentido si se la relaciona con la producción del blindaje que para carros de asalto ha emprendido desde 1983 la industria militar.

El propósito a mediano y largo plazo consistiría en introducir modalidades contrainsurgentes de guerra mecanizada, en una etapa en que las fuerzas revolucionarias sólo han logrado hacerse fuertes en áreas fronterizas o montañosas del interior, de donde es difícil desalojarlas, pero desde donde pueden propiciar procesos de expansión hacia áreas deforestadas y hasta hace algún tiempo debilmente comunicadas. Sería entonces un tipo de lucha militar que buscaría aprovechar las ventajas que representan la movilidad y el volumen de fuego de me-

dios mecanizados como medio de transporte y a la vez medio de apoyo de las unidades de infantería —buscando hacer inefectivo por ejemplo, el uso de explosivos antipersonales en la emboscada—, en función de la disputa de un terreno comunicado, patrullado extensamente por patrullas civiles y por el control de núcleos de población reconcentrada en aldeas estratégicas.

Sería una forma de lucha militar que buscara explotar la superioridad tecnológica en la correlación de fuerzas concreta. La amplia experiencia del ejército israelí en la lucha contra las formas de guerra irregular desarrolladas por la resistencia palestina en terrenos planos o comunicados, empleando medios de despliegue rápido y gran volumen de fuego, permite suponer la adaptación de esta forma de guerra a las condiciones de Guatemala. Esto teniendo en cuenta, particularmente, que Israel se ha convertido no sólo en el principal proveedor de pertrechos y tecnología bélica del ejército guatemalteco, sino en su más importante asesor militar (9). Esta previsión, por otra parte, puede ser válida también para el FMLN salvadoreño, teniendo en cuenta el nivel de la intervención israelí en el área y el papel que en ese contexto se le puede asignar al ejército guatemalteco y a su incipiente industria militar.

La introducción de esta arma, en la presente etapa, representaría para las fuerzas guerrilleras rurales un desafío sin antecedentes, y obligaría a implementar readecuaciones

importantes en la estrategia militar revolucionaria, en términos de plazos, táctica, medios y arte operativo.

CONCLUSION

Para las fuerzas guerrilleras rurales de la revolución, la actual correlación militar de fuerzas entraña desafíos estratégicos que no se pueden subestimar ni soslayar. Son, en primer lugar, cuestiones que nos atañen a todos, pues el avance, el estancamiento o el retroceso de la guerra en el campo afecta la situación y la perspectiva global de la revolución. Un punto de vista simplista, de corto plazo o triunfalista respecto a éstas y otras cuestiones de fondo del problema militar, sólo conduciría a la guerra revolucionaria a trampas estratégicas. No se trata de magnificar las dificultades, pero tampoco de minimizarlas. Se trata de basar nuestra estrategia militar en análisis objetivos y en previsiones que presuponen, en todo caso, el conocimiento actualizado del enemigo y el análisis riguroso, fino, de la correlación de fuerzas.

Hoy, tras la experiencia y la constatación de sus lecciones, no podemos reiterar el error que cometimos al concebir la que hasta ahora ha sido la línea militar en los frentes noroccidentales: no haber previsto en ella nada menos que la acción enemiga que se ha desplegado en éstos años en los frentes guerrilleros urbanos y rurales. Eso convirtió dicha línea en un diseño unilateral de propósitos, diseño que hacia abstracción, en realidad, de la correlación concreta de fuerzas en que el

(9) Los campos de penetración israelí incluyen el suministro de armamento, asesoría militar y técnica, preparación de cuadros, instalación de tecnología moderna con fines militares y de inteligencia y la instalación de una planta industrial para la fabricación de armamentos, incluyendo municiones y blindaje de carros de combate.

proyecto militar habría de buscarse paso. Siendo, a pesar de todo, el proyecto de línea militar más elaborado con que ha contado hasta hoy el movimiento revolucionario, la experiencia nos ha hecho evidentes sus insuficiencias y es nuestro deber reconocer estas deficiencias auto-críticamente. Sobre todo porque dejar de hacerlo significaría asumir la responsabilidad de permitir de que a los viejos errores se superpongan nuevos. La ausencia de fondo que señalamos en dicha línea militar, entre otras cosas, es una de las raíces del subjetivismo y del triunfalismo que, sobre todo en los últimos años, nos caracterizó en el plano militar.

Es nuestra convicción que en la presente etapa de confrontación militar está en juego la recuperación de la lucha revolucionaria en el país. En cuanto a la guerra de guerrillas rural —factor de primer orden del proyecto en su conjunto—, dicha recuperación depende de manera decisiva de la capacidad de los actuales dirigentes de la URNG para situar la guerra de guerrillas rural en el cuadro de factores estratégicos. De ello dependen rumbo, posibilidades de victoria y plazos. Las unidades militares de la URNG son fuerzas que sólo han podido ser construidas a través de largos y comple-

jos procesos de lucha. Empeñar esas fuerzas en un combate de resultados inciertos, sin tener en cuenta la complejidad de los factores en juego y el forzoso largo plazo que se requiere para recomponer una estrategia que fue desarticulada en los hechos por el enemigo, sería arriesgar a una carta el factor que es en última instancia el decisivo. Administrar éste sabiamente, para hacerlo pesar en la balanza junto a los otros factores de que por definición es parte —en el momento en que esto pueda ser posible—, no sólo permitiría su preservación, sino que haría posible que de nuevo juegue el papel rector que en la estrategia global le corresponde. El principio que gobernaba el pensamiento militar de Bolívar debiera estar indeleblemente escrito en nuestras banderas: Audacia en planificar, prudencia en ejecutar.

Pero adoptar hoy este principio supone comenzar por redefinir en lo que cabe nuestra estrategia militar. No se trata, pues, del criterio simplista de si la guerra de guerrillas es viable o no, de si se reniega de ella o se la apoya, como si fuera una opción moral o un programa político. Se trata de definir e impulsar las formas de lucha concreta con que es preciso renovar nuestro trabajo militar, para que sea eficaz frente a

una situación estratégica que a su vez ha cambiado. Es una redefinición que, a partir de la regraduación del papel que en esta etapa puede jugar la guerra de guerrillas rural, incorpore las formas estratégicas de lucha que permitan la participación efectiva del proletariado en el esfuerzo militar, que permitan equilibrar el balance de fuerzas en términos de geoestrategia la ciudad, el llano y otras áreas del país y que nos pongan en capacidad de hacer real, en su complejidad y en su riqueza, el potencial insurreccional de las masas indígenas. Es una redefinición, por lo tanto, que implica nuevos énfasis y plazos.

Y a nivel de la estrategia global —la guerra popular revolucionaria— esta redefinición conlleva establecer las grandes prioridades en la coyuntura entre lo militar y lo político, y articular las formas estratégicas de la violencia revolucionaria con la lucha reivindicativa de las masas, con el factor político-diplomático internacional y con la unidad revolucionaria.

En el próximo artículo dedicado a la cuestión militar expondremos —en lo que es conveniente y permisible de cara a la seguridad—, nuestras principales ideas al respecto.

* Por proletariado en sentido amplio, entendemos a los obreros industriales y agrícolas y a los trabajadores rurales que, conservando alguna forma de propiedad y posesión sobre la tierra, se encuentran de hecho dependientes en grado sumo del trabajo asalariado, teniendo además conciencia de ello. Por consiguiente, entendemos como parte del proletariado en sentido amplio a lo que hasta ahora se ha llamado semi-proletariado. En otros trabajos profundizaremos sobre este concepto.

Ofrecemos nuestro boletín para la publicación de otras opiniones que reúnan los requisitos de seriedad y fundamentación indispensables, que se refieran a cuestiones no internas, y que estén absolutamente exentas de ataques personales, insinuaciones o acusaciones, sin importar que éstas contraríen o refuten las opiniones de los editores.

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta publicación, citando la fuente.

¡LA MAS AMPLIA SOLIDARIDAD CON EL GAM!

Hacia mediados de marzo el régimen contrainsurgente encabezado ahora por Mejía Victores mostró claramente la falsedad de su "apertura democrática". El propio jefe de Estado se encargó de hacerla evidente, al acusar a los familiares de personas desaparecidas agrupados en el Grupo de Apoyo Mútuo (GAM), de estar "comprometidos con la subversión". Esta irresponsable asusación fue seguida de inmediato por las amenazas "clandestinas" de muerte a varios de los integrantes del GAM, y por la persecución abierta de la policía nacional y de la G-2 del ejército.

A los pocos días, en una nueva y ostensible muestra de la imposibilidad de conciliar la esencia represiva del régimen con la pretendida imagen de democracia, Mejía Victores y Lobos Zamora se negaron a recibir a los diputados del parlamento de la República Federal Alemana que fueron comisionados para entregar al gobierno guatemalteco una carta firmada por 107 diputados de ese país, que expresaban su preocupación por la violación de los derechos humanos en Guatemala.

Desde su constitución, a principios del año recién pasado, los integrantes del GAM han actuado de manera abierta, pública y legal, circunscribiendo rigurosamente su actividad al logro de su objetivo esencial de lograr la aparición con vida de sus familiares desaparecidos. Objetivo expresado en su lema: "hasta encontrarlos". Con una ejemplar lucidez, valentía y firmeza el GAM ha sabido emplear todos los recursos que le permite la precaria legalidad existente, y que son posibles por la fuerza del apoyo generalizado y extenso que el GAM ha sabido conquistarse tanto dentro como fuera del país. La justeza de la lucha del GAM y el drama que revela han encontrado eco solidario en las más variadas fuerzas sociales y políticas, en las iglesias de diferentes credos y en particular en la jerarquía, el clero y la feligresía católica a nivel nacional y mundial.

Frente a las nuevas amenazas el GAM ha reaccionado como correspondía. Con nuevos actos y denuncias públicas, entre los que destacó la ocupación pacífica del local de la Asamblea Nacional Constituyente por cerca de cinco horas. El GAM es no sólo testimonio vivo de las atrocidades del régimen contrainsurgente, sino ejemplo de la dignidad de los guatemaltecos, que no ha podido ser borrada por el terrorismo oficial y la represión genocida.

Ante las amenazas al GAM, todas las fuerzas interesadas en la democratización de Centroamérica y en la vigencia de los derechos humanos deben reaccionar con la conciencia de que es imprescindible impedir que el régimen contrainsurgente consuma sus propósitos de desarticularlo, ensañándose de nueva cuenta con quienes ya son sus víctimas. La tibieza o el desinterés al respecto sólo evidenciarían la fragilidad y superficialidad de los objetivos declarados de quienes reclaman o prégonan democracia.

Los revolucionarios sabemos perfectamente que la democracia en Guatemala sólo será posible a partir de una victoria popular que le quite el poder al ejército y la clase dominante, que son los únicos que necesitan de la represión y la opresión. Pero esto no significa desvalorizar la lucha por hacer vigentes los más elementales derechos democráticos arrebatándose los al régimen, ni subestimar la importancia de esos espacios para las más amplias masas de nuestro pueblo. Es necesario revertir la maniobra política de la dictadura haciendo que se enrede en sus propias contradicciones, haciendo evidente la demagogia del régimen y de los políticos reaccionarios y su incapacidad de responder a las necesidades democráticas de los trabajadores y del pueblo en general; procurando que las concesiones formales a que se ve obligado el gobierno para intentar recomponer el dominio reaccionario en el marco de la "democratización" que exige el imperialismo, se conviertan mediante la lucha popular en herramientas para el combate por la verdadera democracia.

¡SOLIDARIDAD IRRESTRICTA CON EL GAM!

**¡IMPIDAMOS QUE LOS MILITARES GUATEMALTECOS
ASESINEN A LOS FAMILIARES DE SUS VICTIMAS!**